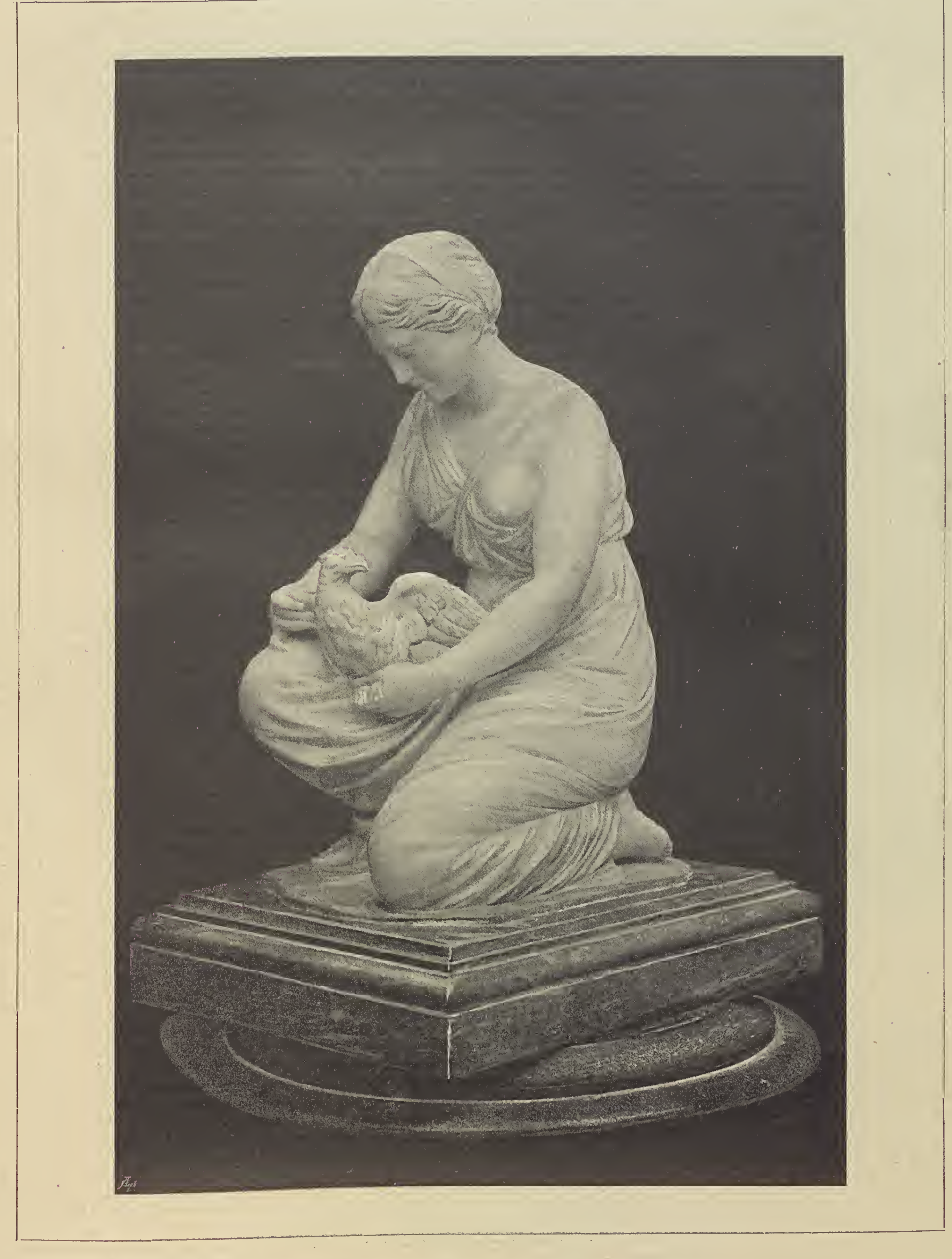
La Ilustracion Artística

Año IX — Barcelona 14 de julio de 1890 — Núm. 446

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ALEGORÍA DEL CANDOR Y DE LA INOCENCIA

Obra del famoso escultor español Alonso Cano; propiedad de D. Eduardo Vilches, de Lorca

SUMARIO

EL HALCÓN DE CAZA

POR EL DR. BREHM (1)

Gratos tiempos aquellos en que nobles caballeros y hermosas damas abandonaban sus señoriales castillos montados en briosos corceles y llevando sobre la enguantada mano la más gentil de todas las aves de rapiña, el blanco halcón de caza, que á la vista de su



EL HALCÓN COMÚN

dueño cazaba ó derribaba á la picuda grulla, á la traidora garza, á la pesada avutarda, al ganso volador ó al ánade silvestre. ¡Cuán de prisa despojaba la noble dama á su halcón predilecto del adornado *capirote* y le soltaba las *pihuelas* de sus *manos* de cascabeles guarnecidas! Y cuando los pajes levantaban del espeso cañaveral la erguida garza, ¡con qué velocidad se remontaba el alado cazador hasta perderse de vista para luego caer como animada flecha sobre su presa! ¡cómo clavaba en ésta sus afiladas garras y después de ahogarla corría á depositarla á los pies de su dueña!

No era el afán por llevar á la mesa algún manjar sabroso el que tales cacerías fomentaba; era simplemente el entusiasmo que despertaban estos espectáculos excitantes, únicos en su clase para los aficionados verdaderos. Y en verdad, quien conozca lo que es la caza con halcón, comprenderá fácilmente que contara ese ejercicio tan apasionados adeptos, así entre los hijos de los abrasadores desiertos africanos, como entre los graves habitantes de las heladas costas del Norte. Igual pasión sentía por ella el beduino salvaje, que el civilizado europeo. En nuestro continente la cetrería se ejercitaba desde Gibraltar hasta Hammerfest, desde las bocas del Tajo hasta la desembocadura del Volga. Los más ilustres soberanos y magnates teníanla en grande estima. Carlomagno prohibió esa diversión á todos sus súbditos que no disfrutasen de especial privilegio, Federico I de Alemania no se desdeñaba de amaestrar halcones y Federico II fué uno de los más diestros halconeros de su época y escribió un tratado de cetrería, que, aumentado con apuntes de su hijo, el rey Manfredo, tiene todavía gran interés para nosotros. No faltaron en España tampoco elevados personajes que se dedicaron á estudiar los halcones de caza, existiendo del siglo XIV dos manuscritos, que no sólo pueden competir sino que aventajan á aquel tratado imperial. Es el uno, el más notable, el «*Libro de la caza de las aves et de sus plumages, et dolencias et melecinamientos, del Canciller Pero López de Ayala;*» titúlase el otro: «*Libro de la caza, del príncipe Don Juan Manuel, Adelantado mayor de la frontera et del reyno de Murcia, que fabla de las naturas de los falcones; de commo se deben conoscer por talle, et por faciones, et por plumage et por empennolamiento; de commo se deben amansar et criar, et facer sennaleros, garceros, etc. De las purgas et melecinas; de qué cazas há et qué logares, etc., etc.* (2).»

Los cruzados llevaron consigo sus halcones á Palestina; los emperadores y príncipes alemanes impusieron como tributo á los conventos y ciudades el deber de alimentar cierto número de estos alados cazadores, y el emperador Carlos V dió en feudo á los caballeros de la Orden de San Juan la isla de Malta bajo la condición de que habían de entregarle cada año un halcón blanco bien amaestrado. Los sacerdotes italianos se dieron tan apasionadamente á la caza con halcón, que descuidaban por ella sus feligresías, razón por la cual sus superiores veíanse precisados á prohibirles tal entretenimiento. Los barones ingleses reclamaban el derecho de colocar sus halcones sobre el altar mientras se celebraban los divinos oficios. Francisco I de Francia tenía su halconero mayor, que era jefe de quince nobles y de cincuenta halconeros encargados del cuidado y enseñanza de los 300 halcones reales, mínimum de los que el monarca sostenía. El gran maestro de la orden teutónica, Conrado de Jungingero, instalaba al lado del convento de dicha orden una escuela de cetrería, y Eduardo II de Inglaterra castigaba con pena de muerte al que robaba un azor y con un año y un día de cárcel al que cogía un huevo del nido de esa ave de rapiña.

Por un halcón bien amaestrado se llegaban á pagar 800 y hasta 1.000 florines de oro, equivalentes hoy por lo menos á 10.000 y 12.500 pesetas. No menos estimados entonces eran los halconeros: la enseñanza de los halcones se consideraba como arte noble, que daba mucha honra y provecho no escaso. Los aficionados usaban una jerga especial para hablar de asuntos atañentes á la cetrería. Los halconeros, sin excepción alguna, venían obligados á tener exacto conocimiento de las diferentes especies de aves confiadas á su cuidado, para saber desde luego cuál de ellas era más conveniente para una ú otra caza; debían, además, dominar los distintos sistemas de coger halcones y de cuidarlos, domesticarlos y amaestrarlos, así como la manera de adiestrar á los perros que para tales cacerías se empleaban. Habían de ser, en fin, hombres ágiles, aptos para toda suerte de ejercicios corporales y dotados de excelente vista, fino oído, gran perseverancia y no menos paciencia para educar y ensayar á sus *pupilos*. Determinadas escuelas de cetrería gozaban en aquella sazón de gran fama, ni más ni menos que ciertas universidades de nuestros tiempos, y los *discípulos* que de tales *institutos* salían con *buena nota* eran sumamente solicitados. Teníase en Alemania por primera en su clase la escuela de Falkenwerth, cuyos actuales habitantes conservan todavía un resto de la antigua gloria, dedicándose algunos de ellos á la captura y adiestramiento de los halcones.

Varias eran las especies de halcones que para la caza se utilizaban. Llamábanse, según el príncipe don Juan Manuel: gerifaltes, sacres, neblis, boharis y bornís; y, al decir del canciller Ayala: neblis, boharis, gerifaltes, sacres, bornís, alfanaques y tagarotes, apreciándose cada especie según la estima en que eran tenidos sus individuos. Pero no eran solamente los *gentiles* halcones los que á la caza se dedicaban, sinque con ellos compartían este ejercicio el azor, el gavilán y otras aves de rapiña.

El halcón más noble es indudablemente el gran halcón blanco de Islandia (*Falco Islandicus*, Linneo. *Hierofalco Islandicus*, Cuvier. Gerifalte). De la misma familia y no menos apreciados que ésta eran las otras dos especies: el halcón blanco de Groenlandia (*Hierofalco groenlandicus*, Brehm) y el gerifalte propiamente dicho (*Hierofalco gyrfalco*, Brehm), que es el sacre de los halconeros españoles

Del halcón neblí, que es nuestro *Falco peregrinus*, dice López de Ayala: «Et los falcones neblís en todas las tierras son llamados gentiles, que quiere decir fijosdalgo, et en Castilla et en Portugal son llamados neblís, pero al comienzo fueron llamados nebis et por tiempo corrompióse este vocablo et dícenlos neblís. Et en Aragón et en Cataluña llámanlos peregrinos et romeros, que andan por todas las tierras et por todo el mundo, que así son los falcones gentiles ó neblís que todo el mundo andan et traviesan con el su volar, partiendo de la tierra donde nacieron.»

Al «falcón neblí» seguía en estimación el falcón borní ó alfanaque, nuestro *Falco lanarius*, del cual dice Ayala: «et en todas las tierras, salvo en España, son llamados *laneros*.» El «falcón boharí ó tagarote» era de la familia de los halcones peregrinos, nombre con que probablemente se designaba á las tres especies, que hoy denominamos *Falco cervicalis* (*F. barbarus* de Lineo), *Falco biarmicus* y *Falco tanypterus*.

Aunque el canciller Ayala pone en primer lugar al halcón peregrino ó neblí, no podemos conformarnos con esta clasificación, pues el rey de toda la familia es, no sólo por su mayor tamaño, sino por su mayor nobleza y hermosura, el halcón blanco de Islanda. Su redondo y dilatado pecho está cubierto de largas plumas blancas como la nieve, sus hombros son anchos y sus alas grandes y puntiagudas, lo mismo que su cola, que termina en forma de cuña. Su fuerte pico de color amarillo está armado de dos dientes, sus piernas son gruesas y cortas, sus dedos largos y sus garras afiladas como alfileres. El gerifalte blanco mide de 25 á 28 pulgadas (3) de largo y hasta 5 pies de punta á punta de las alas; cuando joven, su plumaje es bastante pardo, hasta obscuro, con un tinte amarillento en el pecho, pero con los años ese color se transforma, y cuanto más avanza en edad el halcón, tanto más blanco aparece hasta llegar á ser ó blanco del todo ó con sólo unas cuantas pintas negras en la espalda.

Como su nombre, *Falco islandicus*, lo indica, el gerifalte habita el alto Norte de Europa, Asia y America; Islanda, Laponia y Groenlandia. Allí cría en las peñas de las montañas, desde donde desciende á la llanura en busca de alimento, haciendo al efecto presa en las liebres blancas, zorras boreales, perdices de nieve (*Tetrao lagopus*), ánades, gansos, ocas, etcétera, etc. Muy raras veces, sólo en inviernos muy crudos, emigra algún halcón blanco llegando hasta las provincias meridionales de Suecia ó septentrionales de Alemania: su patria es la zona glacial del Norte.

Cada halcón de los llamados «gentiles» es la efigie de la nobleza; el halcón blanco de caza ocupa el primer lugar entre todos: su domicilio es el espacio ilimitado, la caza su alegría, su vida constituye una lucha continua y sin embargo está llena de atractivos. Es el terror de todas las aves más débiles, se estima igual al águila más poderosa y fuera del hombre no reconoce ni teme á ningún enemigo. Las altas montañas le sirven de albergue; las puntas cortadas de inaccesibles riscos, de atalaya. Cruza por las llanuras con la velocidad del huracán, y como veloz saeta remóntase hasta perderse entre las nubes, para desde esa altura dejarse caer como el rayo sobre la desgraciada presa con rapidez tal, que el ojo del hombre apenas puede seguirle en su vertiginosa carrera. El halcón de caza, naturalmente fuerte, atrevido, ágil y sufrido, es, sin embargo, tan dócil y tan fácil de domesticar, que en breve tiempo se sujeta por completo al hombre, que le educa, causando admiración ver cómo trabaja un halcón bien amaestrado. El que indómito surcaba la inmensidad del espacio, deja la mano de su señor para lanzarse sobre la presa, que éste le señala y que él se encarga de deribar y de traer á los pies de su amo, recibiendo con cariñoso agradecimiento el pedazo de carne, con que se recompensa su trabajo. Sólo un animal noble se deja educar

(1) Este artículo y otros varios también de Historia natural que iremos publicando han sido escritos expresamente para la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

(2) Ambos manuscritos son sumamente curiosos y fueron publicados por don José Gutiérrez de la Vega en su *Biblioteca Venatoria*.

(3) Medida de París que usaban hasta hace muy poco los ornitólogos.

de tal manera, que pueda servir de fiel ayuda al hombre.

El halcón silvestre se alimenta únicamente de la caza, que apresa entre los mamíferos y las aves, especialmente entre éstas; los individuos de la familia *Gallinácea* y las palomas de todas clases son para él verdaderas golosinas y en él tienen las liebres un enemigo terrible. Cuando ha descubierto una víctima, difícilmente escapa ésta á sus garras, y el único refugio que le queda, es sumergirse á bastante profundidad en el agua, como suelen hacerlo las aves acuáticas en cuanto ven venir sobre ellas á su más inexorable exterminador, ó esconderse en una cueva hasta que cesa el peligro. El halcón no gusta de arrojarse sobre bandadas cerradas, pero ¡ay del ave que se separa de sus compañeras!; está perdida sin remedio. El halcón persigue á las aves domésticas hasta cerca de las casas, á las acuáticas hasta el mar y á las montaraces por montes, valles y selvas. Cuando en dirección recta cruza el espacio, atravesando largos trechos, ningún ser escapa á su vista perspicaz, y en cuanto la víctima por él elegida se pone en movimiento, se tira sobre ella con las garras abiertas para clavarlas en su cuerpo. Ni el cuervo, con ser tan listo y tan fuerte, se ve libre de sus ataques, resultando siempre vencido. El halcón blanco acabaría con las aves del Norte, si el número de éstas no fuera tan considerable, que por muchas que aquél necesite para su alimento apenas se aclaran sus filas. Para hacer sus nidos escoge uno de aquellos riscos de la escabrosa costa, que más tarde pueblan millares de parejas de aves acuáticas, que crían en sus huecos y grietas. Allí, en medio de esta colonia se establece el rapaz salteador.

Los antiguos halconeros estaban mejor enterados, que nosotros acerca de cuanto se refiere al nido del halcón de caza. El naturalista Faber ha sido el primero, que nos ha dado la siguiente noticia: «Un solo nido del halcón blanco encontré el 6 de julio de 1821 en la costa Suroeste de Islandia. Estaba construído en la parte alta de un inaccesible risco á medio kilómetro del mar y era bastante grande, pero aplanado. Dos pollos ya para volar estaban sentados cerca, y un tercero dentro del nido. Cuando los padres me vieron acercarme á sus hijos, venían dando rabiosos graznidos y revoloteando por encima de mi cabeza sin atacarme, pero tan cerca, que los maté de un tiro. Habían provisto bien su cría, pues se encontraban al lado de los dos pollos que estaban fuera, igual que en el nido mismo, gaviotas, alcas y urias muertas.»

El halcón islándico hace su nido de palos formándolo con tallitos secos y delgados, y pone á últimos de mayo ó á principio de junio tres ó cuatro huevos de gruesa y reluciente cáscara, mayores y más redondos que los de gallina y de color rojizo, con pequeñas manchas obscuras, que forman un bonito dibujo.

En épocas anteriores salieron anualmente varios buques de Dinamarca para Islandia y otros países árticos en busca de halcones, y aun á principios de este siglo mandó el gobierno dinamarqués lo menos una nave á aquella isla, para traer de allí cierto número de estas tan apreciadas aves de rapiña, á fin de regalárselas á los príncipes de Berbería. Dinamarqueses é islandeses recuerdan todavía tales usos, y aun hoy día lleva cada buque que sale de Reykiavik para Copenhague algunos halcones de caza.

Para amaestrar á los halcones son preferidos los que se sacan del nido cuando pollos ó, á lo sumo, de un año de edad. No poco trabajo le cuesta al halconero hacer de un halcón silvestre un cazador manso y amaestrado: este resultado sólo se obtiene á fuerza de desvelo y de hambre por parte del discípulo, pero todos los medios que para lograrlo se empleen han de ser aplicados con gran cuidado y perfecto conocimiento por el maestro.

Lo primero que se le pone al prisionero es el «capirote», luego las pihuelas, y por último, en cada pata un cascabel de plata muy sonoro, y una vez adornado de esta suerte se sienta al halcón en un palo y se le deja quieto el primer día. Al segundo se cubre el halconero la mano y el brazo derecho con un fuerte guante de gamuza y encima de éste pone al discípulo, paseándole por espacio de un par de horas por el campo, para acostumbrarle á quedarse sentado sobre la mano. Después se le quita el capirote, y cuando el pájaro no se mueve y permanece quieto, se le habla, pronunciándo por lo general nada más que las dos sílabras «yo» «yo». Si se espanta, se le vuelve á cubrir la cabeza y se le pone sobre un travesaño, atándole por los pies al mismo. Luego se le da de comer, hablándole y poniéndole la comida en la mano, pero sin descubrirle la cabeza. Al tercer día se le quita el capirote, se le pone sobre la mano, se le habla con cariño y se le da de comer en esa misma postura un poco de carne de gallina ó de paloma. Si come encima de la mano, se ha adelantado ya bastante; pero si se niega, se le vuelve á cubrir la cabeza con el capirote y de nuevo se le sienta sobre el palo. Hay halcones que pasan cuatro y cinco días con hambre, antes que tomar la comida sobre la mano del halconero; los halcones blancos generalmente la aceptan antes. El terror que inspira al halcón el hombre es la causa de su terquedad. El príncipe D. Juan Manuel dice sobre este particular lo siguiente: «Et todo lo que les dieron á comer debengelo dar poco á poco et muy á menudo, et mostrando la carne cerca del rostro del homme, ca esto les face perder miedo del rostro, que es la cosa del mundo de que ellos más se espantan.» Y sobre la manera de amansar los halcones añade el mismo: «Et débenles facer saltar de la una mano á la otra, mostrándolees carne, et de la tierra sobir á la mano, et de la mano á la rodiella et facerle andar á rededor de sí á pos de la carne, dándoles siempre bien de roer et faciéndoles cuanto placer pudieren porque tomen amor et placenteria con los hommes. Otrosí, les deben tirar el suenno en guisa que no duerman cuanto ellos quisieren. Et sennaladamente fasta que sea cerca de media noche no les deben dejar dormir en ninguna manera, nin de hora de matines adelante; mas cuanto de la media noche fasta hora de matines débenles dejar dormir en la mano del homme, ó en vara, ó en ropa ó en piedra, que está cerca del falconero, en guisa que cada que despertare el falconero traya las manos al falcón por los pies et por el cuerpo, et lo despierte, porque entienda que está en poder del homme, etc.»

Hasta que el halcón no se haya familiarizado con su maestro el halconero, no debe éste principiar la enseñanza. Esta se verifica de la manera siguiente: después que se haya paseado al halcón un par de horas sin capirote, pero sobre la mano, por el campo, se le vuelve á su casa, poniéndole sobre una vara, pero sin soltar la cuerda larga con que se le tiene atado al guante; luego se le enseña la comida, llamándole é invitándole para que la coja de la mano. Si acude volando, se le da un bocado de carne de gallina, se le vuelve á sentar sobre la vara y se repite el mismo procedimiento desde mayor distancia, hasta que se consiga poco á poco de él que oyéndose llamar venga volando á la mano de su amo. Entonces se repite la misma operación en el campo, atando al discípulo á una cuerda más larga, hasta que éste, desde la distancia de treinta ó cuarenta pasos venga volando á su amo cuando éste le llame. Cada día se alarga más la distancia, hasta que el halcón se haya acostumbrado del todo al halconero y á la manera de recibir su comida. Entonces se le quita la cuerda, dejándole sin pihuela alguna, pero dándole de comer siempre sobre la mano. Luego se le acostumbra á los caballos y á los perros, asunto bastante difícil con algunos halcones perrengues. Su terquedad se les quita por medio del hambre y de desvelo. No se deja dormir al pájaro durante dos días y dos noches seguidos y se le da mientras tanto muy poco alimento.

Para la caza de vuelo alto se enseña al halcón ya domesticado por medio de otro de su clase bien amaestrado; éstos toman sobre sí el perfeccionar á los noveles en ésta, que es la más apreciada tarea de la cetrería. El halconero debe proporcionarse del nido pollos de grulla y de garza, criarlos y domesticarlos, y atados á largas cuerdas, dejarles volar al mismo tiempo que el halcón, hasta que éste por instinto natural se tire sobre ellos y los derribe. Derribada la presa, se pone al cazador alado el capirote, se le mete en las garras una gallina y se le da de comer un muslo de otra, para hacerle creer que come la garza cazada por él. El cuello de las garzas domesticadas se cubre con una funda de piel de carnero para protegerle contra las garras del halcón. La enseñanza para el alto vuelo debe verificarse siempre á caballo para que el halconero llegue á tiempo, cuando el halcón ha derribado la grulla ó la garza, de salvar á éstas de una muerte segura.

El príncipe don Juan Manuel dice sobre lo divertido de tales cacerías, lo siguiente: «Que la caza es cosa noble et apuesta et sabrosa. Et en la de los falcones se face más cumplidamente que en la de los azores. Ca los falcones matan la garza después que los azores la dejan, et por esto es más noble, et la manera commo la matan la faz ser muy sabrosa et muy apuesta. Otrosí, matan las ánades, aguándolas muchas vegadas, et montando, et descendiendo et firiendo muchos golpes estrannos et maravillosos; en que los hommes toman muy grant placer. Et porque en todas las cosas en que há placer, cuanto más duran son de mayor placer. Por ende es mayor placer esta caza con falcones que con los azores, et por eso mismo es más apuesta. Et si cazan gruas con los azores, tómanlas muy acerca y muy de rebato. Et con los falcones cazan las gruas de rebato las muchas veces, así que las más vegadas tardan mucho antes que sea muerta. Et han los hommes muy grant placer cuando veen que la apartan los falcones entre las otras. Et commo la derriba, et commo la face estar penada, et commo acorren los canes á los falcones por la tomar et por la levantar. Et commo acorren los falconeros et los hommes de caballo et aun los de



EL HALCÓN ENANO

las mulas. Ca muy pocos son los que veen cuando los falcones van con las gruas et la apartan et la derriban. Et veen commo sus companneras vienen acorrer á la derribada. Et entienden el peligro en que los falcones serán si non fueren acorridos, que allá non acorren todos; lo uno por matar la grua, lo al por acorrer los falcones, lo al por el placer que toman de los falcones et de los canes cuando bien se ayudan los unos á los otros. Por ende corren allá todos cuanto pueden et non catan por do van dellos, cahondan et están en grant priesa dellos, caen et vánseles las bestias; los otros corren cuanto pueden. Et así por todas estas cosas es caza muy placentera de veer. Otrosí, cuando los canes llegan á la grua que está derribada, cuanto bien la tonian et guardan los falcones que les non facen ningún mal, et es muy maravillosa cosa. Otrosí, porque en afinear los falcones et cazar con ellos ha mester muy mayor maestría que en la caza de los azores. Por todas estas cosas es la caza de los falcones más noble et más sabrosa et más apuesta.»

Hoy día la caza con halcón está muy poco en uso en Europa y sólo se ejerce aún en cuatro puntos de Inglaterra, Francia y Holanda. Otra cosa es en Africa del Norte, en Persia y las estepas de Asia. Allí cada jefe de los beduinos y cada príncipe del desierto tiene aún su halcón de caza. Con él caza hasta al veloz antílope.

El valiente pájaro alcanza en un momento al más ligero de los cuadrúpedos, clava sus afiladas garras en su cara, batiéndole los ojos con las alas y atontándole de tal manera, que el aprisionado se detiene en su rápida carrera, sin saber dónde dirigirse, y da lugar á que los galgos le alcancen y le sujeten.

Los persas cazan á la zorra y hasta al jabalí con halcón, mientras los kirguises de Siberia amaestran al águila real y la aprovechan para apoderarse con su auxilio de la gran oveja silvestre de Asia, el Argali (*Ovis Argali*), que, dicho sea de paso, es del tamaño de un novillo.

Los orientales aprecian todavía al halcón de caza tanto como en épocas anteriores se le estimaba en Europa. Cualquier jeque del desierto daría una de sus esposas por un buen halcón blanco, mientras no cambiaría fácilmente á uno de éstos por una mujer por hermosa que fuera.

DR. BREHM



GRACIOSILLA

CUENTO DE NAVIDAD

...He aquí lo que el viejo almadreñero de Ronceraies me refirió en su jerga especial, que yo traduzco.

I

...En aquel tiempo, según contaban los abuelos, no había en nuestro país, en los vallecitos de los Vosgos, ni verano ni otoño ni invierno: reinaba una primavera eterna. Como ya comprenderéis, la historia no es de ayer; data de algunos siglos; pues el hecho que voy á relatar ocurrió poco después del famoso Diluvio de que se habla en los breviarios y otros libros piadosos; hay quien calcula que fué antes, aunque no está seguro. Por otra parte, el maestro de escuela pretende que todo ello es una fábula para entretener á los niños; pero ¡bah! ¿Qué sabe él?

Ahora bien: sabréis que en el tiempo de que os hablo existía en el vallecito de Ronceraies un pueblo que desapareció después, y en este pueblo vivía un gallardo joven, un tal Alain, que era muy desgraciado. Y no porque tuviese motivo alguno para estar quejoso de la Providencia, pues no necesitaba trabajar para ganarse el pan cuotidiano, atendido que su padre, de oficio tejedor, tenía numerosos telares, los cuales funcionaban continuamente. Ni tampoco debía quejarse de los hombres, porque todos los vecinos le apreciaban.

Padecía un mal extraño que le hacía languidecer, comunicando á sus ojos triste expresión.

– Es mal de amor, decía el médico, que inútilmente le propinaba drogas y filtros para curarle.

El médico se engañaba: no era mal de amor.

¿Habéis visto el arado que labra la tierra? Pues de igual modo el fastidio trazaba largos surcos en la frente de Alain. El médico perdía los estribos, pero sin que nadie se quejase de ello, porque aquella pobre gente creía de buena fe en la ciencia de su Esculapio.

El padre de Alain se desconsolaba.

– Pero ¿qué tienes, muchacho? preguntábale á menudo.

Y él respondía siempre:

– Nada...

Y este nada es lo que me causa más pena.

– ¿Por qué no te buscas novia? ¿Quieres dulce esposa y alegres niños?

– *Gracias*, contestaba Alain con triste sonrisa.

Y alejábase para ocultarse en un rincón y devorar su fastidio.

– ¿Y por qué no quieres á ninguna de esas jóvenes que están todas deseando agradarte? preguntó otro día el padre.

– Porque no las amo, replicó el jóven, bajando la cabeza.

Entonces se conoció el secreto de su mal. ¡Tenía veinte años y no amaba!

II

Esto no podía durar así.

Cierta mañana, al rayar la aurora, Alain vagaba ya entre las altas hierbas que crecían en la orilla del camino que serpentea en el fondo del vallecito. A derecha é izquierda las pintadas flores exhalaban delicado perfume, ostentando sus ricos matices, que el rocío había engalanado con líquidas perlas. En la espesura oíanse los suaves gorjeos de las alegres avecillas, y la fresca brisa arrastraba consigo los tenues hilos que las arañas habían tejido entre las ramas de los árboles, y las madrugadoras alondras entonaban sus matinales cantos volando ligeras envueltas entre las brumas de la montaña.

Mas aquel que no ama es ciego y sordo.

Alain se mostraba indiferente á todas aquellas hermosas cosas. Cuando no suspiraba bostezaba, y cuando no hacía esto hacía lo otro, diciendo para sí: «Ayer encontré á Gerardo con Dionisia... ¡Los ojos de ambos revelaban la felicidad de los ángeles!... ¡Pero yo me aburro siempre!»

Así entregado á sus reflexiones, llegó al lindero del pinar que se prolongaba por la vertiente de la colina, y al acercarse á ésta parecióle oir un roce entre el follaje, acompañado de golpes de zuecos y de pasos rápidos y ligeros, como los que dan los pequeños pies de las muchachas cuando corren precipitadamente. Levantó la cabeza, y en el mismo instante entreabrióse la espesura y apareció una joven de singular belleza, en cuyas facciones pintábase el espanto; con el cabello en desorden, dirigía á todas partes miradas de terror, gritando con voz ahogada:

– ¡Socorro! ¡Salvadme!

– ¿De quién huís, señorita?, preguntó Alain con sorpresa. ¿Será de algún lobo?

– Peor aún que eso, contestó la joven uniendo las manos; huyo del perverso avaro, que me persigue para abrazarme... ¡Chist, ya viene, escuchad! ¡Ya le oigo! ¡Salvadme!

Al pronunciar estas palabras perdió el conocimiento, y cayó sobre la hierba como muerta de miedo.

Momentos después, Alain oyó otro roce entre el follaje, y después ruido de zuecos y de pasos pesados, como los de los campesinos cuando bailan en círculo, golpeando la tierra con los pies. La espesura se entreabrió de nuevo, y entre ella apareció el viejo avaro. ¡Qué hombre tan repugnante! Algunos hubieran dicho que era el diablo; quizás hubieran acertado; porque ¿no son por ventura hechuras de Satanás todos los que ocultan el oro adquirido á costa del sudor de los pobres?

Alain, al ver aquel hombre que corría sin aliento, blandió su vara, y entonces el viejo huyó. Después, fijándose en la joven, tendida sobre las hierbas, contemplóla un instante conmovido y enternecióse.

– ¡Qué hermosa es!, murmuró.

Y doblando una rodilla para mirar más de cerca, parecióle la joven más hermosa aún; comprendió que la amaba, y regocijóse, batiendo palmas en señal de alegría.

Al oir aquel ruido la bella abrió los ojos, y al verlos Alain pensó que no amaría nunca á ninguna otra mujer.

– Desechad vuestros temores, le dijo, porque ese infame ha huído ya. ¿De dónde venís, señorita?

– De la falda de la colina.

– ¿Queréis volver?

– No, contestó la joven bajando los ojos y algo confusa; porque allí abajo tendría siempre miedo de ese hombre.

– ¿Y cuál es vuestro nombre?

– Me llaman Graciosilla.

– Debía haberlo adivinado solamente al veros, porque sois la más hermosa de todas cuantas mujeres he conocido hasta aquí.

La joven dió gracias por el cumplido, y devolvióle diciendo:

– Sois un gallardo mancebo y un noble corazón.

– ¿Me queréis por esposo?, murmuró Alain tímidamente.

– Mucho me agradaría, y diérame por feliz, porque entonces tendría quien me defendiera contra ese hombre malvado.

– Pues venid conmigo; iremos á ver á mi padre, el tejedor, y le pediré su consentimiento.

Dicho y hecho. Alain, conduciendo á su compañera, volvió á seguir el mismo camino; pero ¡qué hermoso le parecía todo entonces! Las flores, engalanadas de rocío, ostentábanse mucho más bellas á sus ojos; cogió una y ofreciósela á su amada...

– Puesto que os convenís, hijos míos, dijo el padre, dichoso por la felicidad de su hijo, os casaréis. Vamos, Alain, conduce á tu novia al Rastrojo Verde.

Esta era la costumbre en el país. Cuando una joven se comprometía á unirse en matrimonio; conducíanla á un campo circuído de cañas, situado lejos del pueblo, y al que se daba el nombre de Rastrojo Verde. Ahora bien: este campo había obtenido de una hada, en fecha más remota de lo que yo podría recordar, la virtud de instruir á la novia sobre todo lo concerniente á la fidelidad y constancia de la «elegida». Encerrábase allí á la joven que debía permanecer en aquel sitio más ó menos tiempo, siendo su deber absoluto no pensar nunca sino en su prometido.

Por lo demás estaba segura; pues mientras se conformarse con la prescripción, ningún ser humano podía penetrar en aquel recinto: así lo había querido la hada.

Asegurábase, por otra parte, que la menor falta, la menor distracción de la joven se reflejaría en el campo como en un espejo. Transcurrido el tiempo de prueba, si no se producía cambio alguno en el Rastrojo, celebrábanse las bodas.

¿Cuáles serían esos cambios en el caso de que la novia faltara á su promesa en cualquiera cosa que fuese? La gente del país lo ignoraba aún, pues hasta entonces ninguna novia había sido acusada, y de consiguiente, jamás el campo presentó nada anormal.

Obedeciendo á la costumbre, Alain condujo á su prometida al Rastrojo Verde, llevándola de la mano, y al despedirse besóla en la frente:

– ¡Hasta muy pronto!, la dijo.

Y se alejó; y transcurrieron algunos días.

III

Con razón dicen que no hay hombre más perverso en la tierra que el viejo que intenta pecar. El avaro, poseído de cólera, había jurado vengarse, y buscaba el medio de penetrar en el campo donde estaba la joven. Cierta noche, después de meditar su plan detenidamente, bajó á la cueva provisto de una azada, y después de practicar un hoyo muy grande, sacó de él varios collares, sortijas y cadenas, que en aquel obscuro rincón tenía ocultas, todo de oro puro y brillante como urna de santa.

Con aquellas alhajas en sus bolsillos, el avaro fué á rondar por el Rrastrojo Verde, ocultándose detrás de las cañas. Quiso penetrar en el campo, mas no lo consiguió; pues algún ser invisible le tiraba de la ropa, que el perverso había

estrenado para aquella ocasión. Temiendo ser descubierto, escondióse otra vez, y entonces oyó una voz argentina que parecía contestar al dulce susurro de un arroyuelo cercano.

Era Graciosilla, que entonaba una canción, cuya letra decía poco más ó menos lo siguiente:

«¿Dónde estás, amado mío? Te busco, y hállome sola en el campo, languideciendo sin ti.

»La brisa roza mi frente, trayéndome acentos de ternura. ¿Has confiado á la brisa el secreto de nuestro amor, amado mío?

»Las violetas se abren como para recibir dulces y perfumados besos. ¿Has posado tus labios en esas flores, amado mío?

»Las mariposas revolotean en mi soledad. ¿Son flores que tú me envías, amado mío?

»¿Dónde estás? Tan cerca de mí que te siento por todas partes, y ya no te busco, porque tú llenas mi corazón, amado mío...»

Al oir estas palabras, el avaro comprendió al punto que Graciosilla pensaba en Alain.

«Es preciso que olvide á su novio un instante, se dijo, y entonces podré entrar en el campo.»

Y como se irguiese, la joven le vió.

–¡Alain, socórreme!, gritó con acento de terror.

El avaro introdujo la mano en uno de sus bolsillos.

–¡Mira, mira!, dijo á la joven. ¿Ves bien estas sortijas y amuletos?

–¡Alain! ¡Alain!, gritaba siempre la joven; pero su voz era ya más débil, y dos veces su mirada curiosa se fijó en las alhajas.

¡Y el campo pareció retemblar!

La joven llamó de nuevo á su prometido; pero con voz tan débil, que ni siquiera la oyeron las violetas cerradas á sus pies.

–¿Quieres ese collar de oro?, preguntó el avaro.

Graciosilla, fascinada por la vista del metal precioso que brillaba al sol, se turbó, fijando una detenida mirada en el collar; y de nuevo el campo pareció estremecerse.

–No puedes distinguir bien, dijo el viejo con expresión triunfante; míralo, míralo de cerca; le arrojaré á tus pies.

Así diciendo, lanzó el collar al recinto.

¡Ay! Olvidando un momento á su Alain, la curiosa joven se acercó á la joya, y no contenta con esto, inclinóse para cogerla; pero en el momento de ir á tocarla desapareció de repente como absorbida por la tierra.

Por tercera vez se produjo en el campo una sacudida, y las briznas de hierba se doblaron.

Al ver esto Graciosilla tuvo miedo; pero ya era demasiado tarde. Su distracción había dejado libre la entrada del campo, y el viejo corría hacia la joven. Esta trataba de huir, pero las altas hierbas doradas entorpecían su marcha. El viejo la cogió una mano, y con expresión maligna dióle un beso. Entonces, como pugnase por desprenderse, el brutal avaro la hirió con sus uñas puntiagudas; la sangre corrió al punto, y la dorada superficie del campo se salpicó de manchas rojas.

Sorprendidos por aquel fenónemo, los aldeanos acudieron en gran número, y el avaro huyó. Alain pudo comprender que Graciosilla había faltado á sus deberes, y renegó de ella en presencia de todos.

–Eres indigna de mí é ingrata, díjole antes de separarse de ella, y por lo tanto te maldigo.

Después, como á pesar de todo la amaba mucho, lloró, y al día siguiente quiso marchar á lejanas regiones: según unos, al país de Auvernia, y según otros, á Bretaña...

Y transcurrieron muchos días.

IV

¡Oh! ¡Qué arrepentida está Graciosilla! ¡Qué amargas lágrimas vertían sus ojos!

Y repetía sin cesar: «¡Amado Alain, he pecado de curiosa y me he distraído, dejando un momento de pensar en ti; perdóname! ¡Era tan hermoso el collar que me ofrecían! Con tu perdón, mi muerte sería feliz, y espero ese perdón para morir en paz.

Mas ¡ay! nadie escuchaba sus acentos plañideros, porque después de la aventura la gente del país huía del Rastrojo Verde, creyéndole embrujado, y hasta los mismos pastores hacían un largo rodeo para no pasar cerca de aquel paraje maldito.

Tan sólo la brisa, que diariamente al rayar el alba y á la hora del crepúsculo bajaba de las alturas del cielo para ver lo que pasa aquí abajo, oyó los sollozos de Graciosilla, y conmoviéndose al fin, le dijo:

–¡Consuélate; has pecado, pero te arrepientes, y Dios perdona!

Pronunciadas estas palabras, se remontó hacia el cielo, tomó un poco del azul purísimo que colora el firmamento, y volviendo á bajar rápidamente en busca de Graciosilla, lo mezcló con las lágrimas de arrepentimiento que la joven vertía. Y al punto el Rastrojo Dorado, donde aun se veían las gotas de sangre, se jaspeó de manchas azules, y la brisa dijo:

–Dios se ha compadecido de tu pesar.

–Pero ¿me perdonará mi Alain?, preguntó Graciosilla.

La brisa contestó, elevándose hacia los pinabetes:

–Cuando el Dios de perdón sea hombre, los hombres perdonarán. Y así el oro del campo, como las manchas rojas y azules que en él se ven ahora, se borrarán con tu falta.

Después transcurrieron algunos días más.

Y cuando se acercaba la Navidad, Alain, atormentado por su amor, siempre vivo en el alma, no pudo permanecer ya más tiempo lejos de su país, y emprendió la marcha hacia el vallecito de Ronceraies. Muy cansado llegó, porque había hecho el viaje á pie, como peregrino que va á Roma; pero quería ver otra vez el Rastrojo y también á Graciosilla. Avanzando penosamente, llegó al sitio, y triste y meditabundo sentóse en un montocillo de tierra para evocar los recuerdos del pasado. La luna brillaba, y el joven podía distinguir el color amarillento del Rastrojo y las manchas rojizas, pero no las azules, porque se confundían con la claridad lunar.

Era la noche de Navidad, estaba próxima la hora en que el niño Jesús naceria sobre la paja de un miserable establo para hacerse hombre y sufrir con nosotros.

Alain oyó las campanas de la iglesia, cuyo tañido resonaba entre las sombras, llamando á los fieles á la oración y á la misa. Entonces, como continuase fijando su atención en el Rastrojo, vió las manchas azules, y preguntóse de qué provenían.

La brisa murmuró á su oído:

–Son las lágrimas de arrepentimiento que Graciosilla ha vertido. Mira el campo, está estrellado.

–¡Cómo ha debido llorar!, murmuró Alain. ¡Pobre Graciosilla!

Y se bajó para recoger una de aquellas lágrimas de azul; mas en el mismo instante el toque de la campana anunció la media noche; y desde las alturas del cielo comenzó á caer una lluvia blanca, suave, silenciosa, semejante á una lluvia de plumas, mientras que en la iglesia resonaban dulces cánticos. «¡Gloria á Dios, decían, gloria al Señor, que nos purifica del pecado!»

Y la blanca lluvia caía siempre.

Alain se arrodilló, murmurando:

–¡Señor! ¡Señor! ¿Qué significa esa blancura que invade el Rastrojo y que le cubre?

Y la brisa glacial contestó:

–¡Es el perdón, es el olvido de todas las faltas, es el color inmaculado! ¡Gloria á Dios! Jesús ha nacido; trae el perdón de su Padre á los hombres que se arrepienten; y los hombres perdonarán á los que les ofendieron... ¡Mira el Rastrojo, Alain! Era dorado; tenía manchas rojas y azules... ¡Mira ahora!

Alain obedeció, y al ver la deslumbrante blancura del Rastrojo, precipitóse hacia el campo.

–¡Graciosilla, adorada Graciosilla!, exclamaba. ¡Dios es bueno! ¿Dónde estás? ¡Ven á mis brazos! ¿No ves, amor mío, que el cielo teje tu traje de desposada?

¡Ah! ¡Alain encontró á la joven, pero fría, rígida, tendida sobre el Rastrojo, y casi oculta por la lluvia blanca. Entonces echóse á su lado, rodeóla con sus brazos... y ambos desaparecieron bajo las blancuras inmaculadas que caían y caían sin cesar. No era el traje de desposada lo que el cielo tejía así... ¡Era el sudario!

Inútilmente se buscó á los dos amantes; los ángeles habían bajado á recogerlos antes de rayar la aurora...

Desde aquella época, la primavera no reina ya de continuo en los vallecitos de los Vosgos.

Todos los años el Rastrojo Verde se dora, y cúbrese después de manchas rojas y azules, representadas por las amapolas y la flor del trigo.

Todos los años también, hacia la Navidad, el Rastrojo queda oculto bajo esa lluvia blanca que nosotros llamamos nieve; y en los otros campos se observa lo mismo. Es para recordar á los hombres que deben, al ejemplo de Dios, perdonar á los que, sucumbiendo á la tentación, se arrepienten después, y derraman esas lágrimas que el cielo convierte en tan bonitas flores.

Y para terminar como los abuelos terminaban, os diré que el viejo avaro, causa del mal, está obligado á arrojar todos los años su oro, que siembra la tierra y se transforma en cereales preciosos, de los cuales se aprovechan los demás hombres. Esto quiere decir que los viejos que intentan el pecado se arruinan siempre sin ninguna satisfacción para sí propios...

Y con esto he concluído. Si como lo pretende el maestro de escuela, no fuere verdad lo que acabo de contar...

–¡Está bien buscado!

–No quiero decir eso, repuso el almadreñero con una sonrisa; iba á contestar que los abuelos son todavía más embusteros que yo.

TRADUCIDO POR ENRIQUE L. DE VERNEUILL





LA SIESTA EN UN RANCHO DEL FAR WEST AMERICANO, cuadro de María Hallok Foóte

SECCIÓN AMERICANA

EL CABALLERO SIN CABEZA

POR WASHINGTON IRVING

I

Al Sur del Estado de Nueva York, orillas del Hudson, en el sitio llamado mar de Tappaan, á causa de la forma circular y de la anchura extraordinaria del río, hay un pueblecito, conocido generalmente por Tarry-Town, pero cuyo nombre verdadero es Greensbourgh. Si he de dar crédito á una tradición, recibió la primera de estas denominaciones de las mujeres de los lugares circunvecinos, á causa de que sus *hombres*, cuando iban á él los días de mercado, se *tardaban* (1) más de lo regular, entretenidos en las tabernas. Pues bien: á dos millas de Tarry-Town se extiende un delicioso valle, rodeado de colinas, cortado en toda su extensión por un riachuelo cristalino, cuyo dulce murmullo y el canto de las perdices son los únicos ruidos que turban la tranquilidad que en él tiene su asiento.

Este fué el teatro de mis primeras cacerías. Nunca olvidaré la impresión que me causó, siendo yo muy joven todavía, tan delicioso y pintoresco paisaje y sobre todo su soledad y silencio. ¡Cuántas veces dije entonces para mis adentros: Ni pintado podrá encontrarse lugar más á propósito para disfrutar de la luna de miel, ó para entregarse al descanso después de una vida azarosa y agitada!

II

La tranquilidad del valle y el carácter especial de sus moradores, descendientes de los antiguos holandeses, han sido causa de que se haya puesto al primero por nombre Valdurmiente ó *Valdormido* y á los segundos *dormilones*, bajo del cual son conocidos á veinte leguas á la redonda. Adviértese, además, en este rinconcito del mundo un cierto ambiente soporífico, efecto acaso del aroma de las plantas que en él se crían; pero no falta quien atribuya á brujerías de un sabio alemán, famoso encantador contemporáneo de los primeros emigrados, si bien otros afirman que fué un indio, cacique por más señas, quien lo puso así muchísimo antes de la llegada de Hudson. Sea de esto lo que se quiera, lo cierto es que los *dormilones* son los más grandes visionarios del universo, pues creen á puño cerrado en todo lo maravilloso y sobrenatural; por cualquier lado ven duendes y aparecidos, y á lo mejor se quedan con la boca abierta escuchando melodías aéreas y cánticos misteriosos. Demás de esto, Valdormido y sus cercanías son, á lo que dicen, lugares tan frecuentados de los espíritus y el pedacito de cielo que los cubre tan fecundo en meteoros y estrellas con cola, que no hay más que ver.

El que parece ser caudillo de todas estas fantasmas es un caballero sin cabeza, soldado alemán que, cuando la tenía, la perdió en una batalla, cuyo nombre se ignora, durante la guerra de la Independencia. Los labriegos juran que de vez en cuando suelen verlo en la obscuridad de la noche, corriendo á caballo, más ligero que el viento, por montes y llanos; pero el sitio que más frecuenta, según dicen, es la capilla del valle, por cuyo motivo, añaden ciertos cronistas de buena fe, y que han investigado con celo digno de mejor causa el origen de las correrías del caballero decapitado, que habiendo recibido sepultura en el cementerio inmediato á la citada capilla, sale todas las noches de su hoyo y se dirige al campo de batalla en busca de su cabeza; y que si va con tanta rapidez como un torbellino, es porque no quiere que lo sorprenda la aurora fuera de casa, donde permanece durante el día y de donde no se aventura á salir sino muy entrada la noche.

Esta es la leyenda que ha dado pie y fundamento á tantas historias, á cual más maravillosa, entre los sencillos y naturalotes habitantes del valle, los cuales denominan al fantasma que hemos descrito *El Caballero sin cabeza*. Pero ¡cosa singular! la inclinación á todo lo maravilloso de que ya he hablado, no se circunscribe sólo á los hijos del país, sino que se extiende á cuantas personas viven por algún tiempo en él, y que, sin darse cuenta de ello, absorben aquella atmósfera, merced á lo cual, por incrédulos que hayan sido, al cabo de pocos días de respirar el ambiente mágico que circula por el aire se tornan tan visionarios, sueñan tanto con los ojos abiertos y creen tan á pie juntillas tener siempre á la vista espectros y brujas, que no los creería hijos suyos la madre que los parió.

Como se ve, esta tierra es muy merecedora de llamar la atención de los viajeros, y además porque en ella, de todo el inmenso estado de Nueva York, es donde las costumbres y los trajes permanecen *in statu quo*, y todas las mejoras, mudanzas y adelantos que trae consigo la emigración, que tan rápidos progresos realiza diariamente en las demás partes de la unión americana, pasan sin entrar por las puertas de Valdormido. De modo que el valle más parece uno de esos remansos de agua que hay junto á los torrentes, y en los cuales puede una pluma permanecer inmóvil, á pesar de la rapidez é impetuosidad de la corriente á cuyo lado está. Así es cierto lo que digo, como lo estoy de que si algún día vuelvo á Valdormido espero hallarlo, al cabo de largos años de ausencia, con los mismos árboles y las mismísimas familias que dejé.

III

En este rincón, pues, del globo se había establecido hará cosa de unos treinta y tantos años un maestro de escuela, oriundo del Conecticut, estado que provee á todos los del interior de dómines y de destripaterrones, esto es, de cultivadores de la inteligencia y de la tierra. Llamábase el tal M. Crane (2), y en verdad que le iba tan bien el nombre al cuerpo, que ni pintado. Figúrense Vds. un señor muy alto, muy endeble, muy angosto, con las piernas y los brazos muy largos, las manos como manojos de sarmientos, los pies anchos y chatos, la cabeza deprimida por la frente, las orejas grandes y empinadas, los ojos verde vidrio y la nariz como pico de cigüeña. A causa de todo esto, al verle bajar por las colinas con la levita flotando sobre el caparazón, más de uno lo hubiera equivocado con el hambre en actitud de descender al valle.

La escuela de M. Crane, ó del tío Puntero, pues este era su apodo, constaba de un salón toscamente construído de troncos de árboles, con los cristales de las ventanas casi todos rotos ó remendados de pedazos de papel impreso. En cuanto al sitio, solitario; pero quedaba esto hasta cierto punto compensado con la barnizada de poesía que le prestaba el arroyuelo que corría junto á la puerta, y el árbol gigantesco y copudo que casi cubría con sus ramas aquel picadero de cerriles inteligencias, á mucha distancia del cual ya se percibía el murmullo vago y confuso de los estudiantes, algún que otro grito del maestro y el chasquido de la feroz disciplina al caer como el rayo sobre las espaldas de los rezagados en el camino de la ciencia. Bien será advertir que el tío Puntero era fervorosísimo partidario de aquella célebre máxima que dice: *La letra con sangre entra*, para que no se extrañe el que los pobres chicos tuvieran siempre más cardenales que todo el Sacro Colegio. No se crea por esto que fuera uno de esos dómines endiablados, cuyo carácter brutal halla deleite en martirizar á los niños: no, señor; que su modo de administrar justicia más era razonable que severo, porque á los débiles los trataba con indulgencia suma, al contrario que á los zánganos, robustos y fuertes, á quienes daba cada latigazo cuando los cogía en falta,

(1) *To tarry* vale tanto como tardarse ó quedarse; *Town* es ciudad. – N. del T.

(2) *Crane* quiere decir *grulla*. – N. del T.

que los ponía como brevas, por aquello de: *A burro lerdo, arriero loco;* y después les decía: «Cuando seáis hombres me agradeceréis estos palos» Luego que la clase concluía, puesto en medio de los chicos, siguiendo tal vez aquel precepto de Esopo que dice:

Si al ánimo estudioso
Algún recreo dieren,
Volverá á sus tareas
Mucho más útilmente.

jugaba con ellos, y los días de fiesta él mismo llevaba de la mano hasta sus casas á los más pequeños, dando empero la preferencia á los que tenían hermanas guapas y mamás cuya despensa estuviese bien provista.

Verdaderamente lo que producía la escuela era cosa tan corta, que no le hubiese bastado para comer, á él que tenía tan buen diente; pero gracias á la costumbre, se mantenía á costa de los labradores, cuyos hijos civilizaba; y así, una semana con una familia, otra con otra, iba el pobre del tío Puntero trampeando el plato y sacando adelante su estómago. No obstante, para no ser muy gravoso á sus rústicos huéspedes, que á fuer de buenos campestres calificaban los gastos de una escuela de onerosísimos y al maestro de gorrón, el tío Puntero se hacía útil y agradable de muy diversos modos, porque tan pronto los ayudaba á esparcir el heno para secarlo, como limpiaba las veredas, como iba al pilón con los caballos y al prado con las vacas, como hacía rajas de leña para el hogar Más aún: deponía su dignidad de dómine hasta el extremo de pasear en brazos á los niños de teta, y de inventar mil expedientes á cual más ingeniosos para distraerlos y acallarlos cuando lloraban. Esto, naturalmente, le ganaba el corazón de sus madres y las predisponía en favor suyo para que añadiesen algún extraordinario á su plato.

Demás de las asignaturas dichas tenía la de canto, por cuya clase allegaba algunos realejos, y era cosa de verse su entrada en la iglesia los domingos á la cabeza de los mozos del lugar, y más aún de oirse siquiera un par de salmos cantados por aquel coro, cuyas voces dominaba la descomunal del maestro. Merced á esta serie de combinaciones ingeniosas, el digno pedagogo lo pasaba muy regular, por lo cual decían sus vecinos, poco familiarizados con los trabajos del espíritu, que la vida del tío Puntero era por demás envidiable. Y hasta cierto punto lo era, porque generalmente gozan en las aldeas los maestros de escuela de mucha reputación, y más todavía entre las mujeres, que los consideran como personas de mejor crianza y más finura que no los mozos del pueblo, siendo para ellas sólo superior ó igual al maestro el cura; y así es que cuando uno ú otro van á merendar á sus casas producen la sensación consiguiente, poniéndolas en el caso de agregar algunas tortas á lo de costumbre y de lucir los trebejos de los días de fiesta, que no salen á luz sino es cuando repican gordo. Las mozuelas les prodigan sus más amables sonrisas, y luego los domingos, con cuánta alegría no juegan con ellos, mientras los tímidos campesinos se quedan rezagados, envidiando su elocuencia, sus gracias, sus buenas maneras, pero sobre todo su elocuencia.

IV

Pues, como iba diciendo, el tío Puntero, con su continuo ir de acá para allá, y con esto de pasar una semana en casa de Mengano y otra en casa de Zutano, era la gacetilla de aquellos contornos, y no sucedía cosa, por más oculta y de puertas adentro que pasara, que él no la supiese; razón por la cual siempre lo recibían las curiosas comadres de la vecindad más risueñas que unas Pascuas. Tenía también fama de erudito, y en esto hasta cierto punto no mentían, porque había leído algunos libros casi del todo y sabía de memoria *La historia de las brujas de Inglaterra*, por Mather Cotton, á la cual, á pesar de no tener pelo de tonto, daba entero crédito, porque sus tragaderas eran tales en el capítulo de la superstición, que, como si fueran artículos de fe, creía todas cuantas diabluras se atribuyen á la fementida canalla de los fantasmas, aparecidos, brujas, duendes y encantadores. Ni podía tampoco menos de ser así, porque, además de vivir en una tierra cuyo ambiente sólo predispone á creer en todo linaje de patrañas, y además de su natural inclinación á ellas, se la fomentaba leyendo las horas muertas, tendido á la larga, orillas de algún arroyuelo, en la endiablada historia del señor Mather Cotton, á quien Dios haya perdonado. Pero no es esto lo peor, sino que, cuando llegaba la noche y con ella la obscuridad, comenzaban á surtirle efecto en el cerebro los enredos que había leído por el día, y entonces lo asustaba y ponía en fuga el ruido más inocente y leve que percibiese: el canto de las ranas, el vuelo de un pajarillo, un gusano de luz, bastaban y sobraban, entonces, para dar al traste con su corazón; y si le pasaba rozando por la cara un coleóptero, ya se creía envuelto por una legión de diablos, para ahuyentar á los cuales entonaba salmos con toda la fuerza de sus pulmones; aconteciendo más de una vez que, al oir la canturia repetida por los ecos de las montañas vecinas, los tímidos hijos de Valdormido se quedaron mudos de terror y sin acción para maldita la cosa.

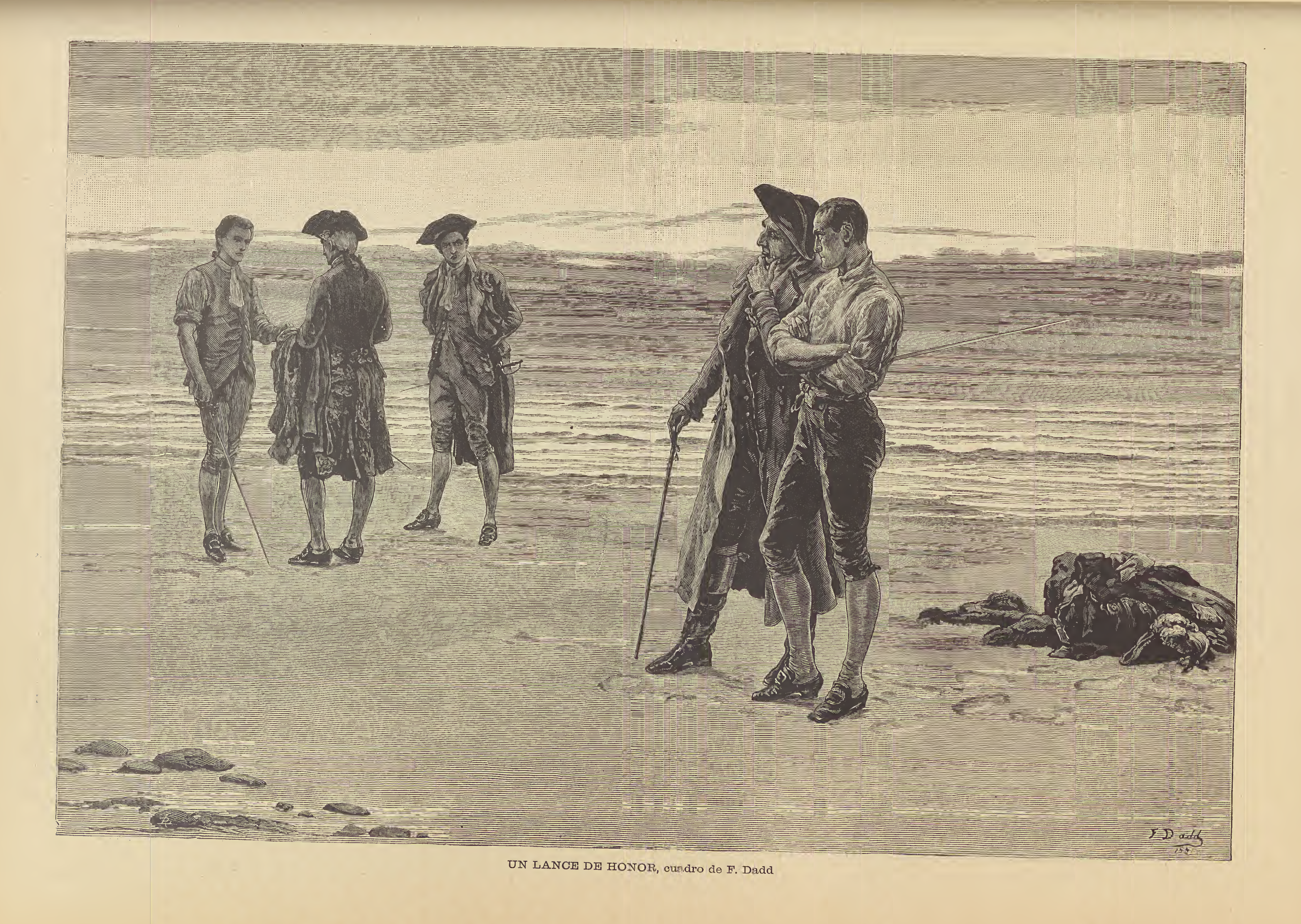
Uno de sus más grandes placeres era pasar las eternas veladas del invierno en compañía de unas cuantas vetustas holandesas que, mientras hilaban al amor del fuego, referían historias del género de las de Mr. Mather, y de todas, la del *Caballero sin cabeza* era la más de su gusto. Por supuesto, él á su vez perdía la brújula, hablándoles de brujerías y de música celestial, llenándolas de miedo cuando tocaba el punto de las apariciones, de los cometas con cola de fuego, de los aerolitos, y de que pasamos, sin darnos cuenta de ello, la mitad del tiempo con la cabeza para abajo y los pies para arriba. Pero ¡qué caro pagaba el gusto de contar semejantes patrañas! Porque ¡cuántas veces no le sucedió al volver á su casa ver visiones por el camino! ¡Y cuántas no tembló al aspecto de algún árbol que, deshojado y cubierto de nieve, se le antojaba un fantasma dispuesto á roerle hasta los zancajos! ¡Y cuántas no se le erizó el cabello al oir el ruido de sus propias pisadas en la vereda! Entonces sí que aun cuando le hubiera valido la salvación, no habría vuelto la cabeza, por no darse de narices con un alma en pena. Pues ¿y cuando una ráfaga de viento pasaba por entre árboles y arbustos, haciendo crujir con violencia sus ramas secas? Era el caballero de marras, que, rápido como una flecha, iba ó venía de la sepultura al campo de batalla. Luego llegaba el día, y los sobresaltos se iban con la noche Dios sabe dónde para volver con ella de nuevo. A pesar de todo eso, hubiera sido el pobre bastante feliz, si no se le hubiese puesto en medio del camino de su vida un ser mil veces más peligroso para los hombres que cuantos duendes y encantadores haya; creo haberlo dicho ya: ¡una mujer!

EL ESCÁNDALO, grupo escultórico de D. José Campeny (Exposición Nacional de Bellas Artes)

V

Es el caso y la cosa que entre los discípulos de canto que se reunían semanalmente en su casa concurría una chica llamada Catalina, hija única de Balto Van-Tassel, ricacho labrador holandés de aquellos contornos; y tenía la doncella, por añadidura de sus diez y ocho años, una cara tan mona, unos ojos tan vivos, una boca tan risueña, un cutis tan hermoso y un cuerpo y una riqueza de formas, que habrían sido capaces de hacer perder los estribos al mejor jinete Y precisamente el tío Puntero en el capítulo de las mujeres bonitas era el peor jinete que se haya conocido. Pues agréguese á lo dicho la gracia con que Catalina se ponía las cosas, con lo cual daba más realce á sus encantos personales, y se comprenderá mejor lo que sentiría nuestro dómine en el corazón y la cabeza cada vez que la viese; qué impresión le quedaría concluída la academia y qué no pasaría todo él pensando y cavilando en ella noche y día. Por supuesto, el tío Puntero, por aquello de que por la peana se besa al santo, visitaba á Van-Tassel, el cual era el tipo del labrador contento y feliz: su pensamiento no salía nunca de los límites de su hacienda, y ésta la tenía que daba gusto verla, lo mismo que la casa y demás dependencias.

La habitación estaba construída á orillas del Hudson, en un paraje tan pintoresco, fértil y alegre, que más parecía un pedazo del cielo que de Valdormido. Un árbol majestuoso y colosal la cubría con sus ramas; á su pie corría un manso arroyuelo que regaba el



UN LANCE DE HONOR, cuadro de F. Dadd



¡VA CARTA!.. dibujo á la pluma de D. Antonio Fabrés

Autor del cuadro *Un moro*, recientemente vendido en Londres en 50 000 pesetas

jardín y la huerta; un poco más lejos se levantaban el granero, el pajar, las cuadras y los establos, cuyos tejados nunca se veían libres de palomas, y por los llanos andaban piaras de carneros y de cerdos, y bandos de pavos, de gansos y gallinas. Agua se le hacía la boca á nuestro pedagogo al contemplar tanta riqueza y abundancia, despertándole á veces este cuadro de tal modo la gula, que se figuraba ver corriendo á los marranillos por aquellas eras con budines en la barriga, á los pichones sepultados en pasteles y á los gansos nadando en su propio jugo.

Digería el tío Puntero tan gastronómicas imaginaciones paseando la vista por los prados, los trigos y la hermosa arboleda que cercaba la finca, y le latía con violencia extraordinaria el corazón al pensar en la heredera de tan ricos estados; los cuales en siendo suyos los vendería para comprar una inmensa extensión de terreno en el Oeste; y á la cual se figuraba rodeada ya de media docena de chiquillos, en un carro lleno de utensilios de labranza, con él al estribo, dándoles escolta montado en una burra, seguida de su cría, y todos camino de Kentuky, del Tennesse ó de cualquiera otra parte, en santa paz y amor de Dios.

No había influído poco también á predisponerlo en favor de Catalina, demás de sus buenas prendas y de la añadidura del cortijo, las comodidades y desahogo de la casa de Van-Tassel. Era ésta espaciosa y estaba amueblada con suma sencillez; sus piezas principales las constituían una hermosa galería, en la cual se guardaban por la noche los aperos; una pieza interior, residencia habitual de la familia, donde, en grandes aparadores de roble, campeaba la batería de cocina, reluciente como el oro, adornando las paredes sartas de pimientos colorados, de mazorcas de maíz y de peras y manzanas secas; y finalmente, una sala con sillones de caoba y profunda y alta chimenea, flanqueada de dos reposteros con la vajilla de China, los cubiertos y más de una bandeja y de un jarro de plata.

VI

En vista de todas estas cosas, la paz desapareció del pecho del tío Puntero, y convencido de que si no ganaba primero el corazón y luego la mano de Catalina, ni habría pavos trufados, ni gansos en salsa de nabos, ni cortijo, ni mucho menos casa grande y cómoda, y buena cama, se propuso, poniendo á contribución las potencias de su alma, resolver tan peliagudo problema, y despejar tan dulce ó tan terrible incógnita.

Y, en verdad, que la cosa presentaba más dificultades que cuantas allá en tiempos del rey que rabió solían arrostrar los nunca bastantemente ponderados caballeros andantes para librar de manos de los encantadores, gigantes ó dragones á la señora de sus pensamientos, cuando gemía prisionera en el cuarto más obscuro de un castillo. Porque, por recias que fuesen las armaduras, las puertas y cerrojos que tuviesen que hendir ó derribar, daban término á tales empresas con más facilidad que hoy se parte y troncha y desmenuza una rosquilla de pan; y como luego, para coronar dignamente la aventura, la dama rescatada premiaba con su blanca mano al caballero, la cosa concluía por el estilo de las comedias de nuestros tiempos.

Pero en Valdormido se hilaba más delgado. El maestro tenía que captarse y fijar el veleidoso corazón de una coqueta de primera clase, tan exigente como caprichosa, y que contrariar, combatir y deshacer los proyectos de una porción de patanes, grandes admiradores de la peregrina hermosura de la zagala, que la sitiaban al propio tiempo que se vigilaban mutuamente y que estaban dispuestos á coligarse para ahuyentar á coces, si era necesario, al primer intruso.

De todos ellos, el más temible era un mozo llamado Brom Van Blunt, de casta holandesa, grande, robusto, de fuerzas hercúleas, conocido por el apodo de Sansón.

Montaba á caballo como un tártaro, comía como tres, era el primero en las riñas de gallos, y á trompadas había sabido adquirir una influencia moral y física tan grande entre sus compañeros, que en todas sus querellas y pendencias no tenían más árbitro ni más juez que los puños ó el criterio de Sansón; el cual, una vez pronunciada la sentencia, no reconocía sobre la suya ninguna jurisdicción para que la parte apelase.

Sin embargo de que tanto se le daba armar una broma como una riña, no puede con justicia decirse que tuviera mala condición; pero como media docena de patanes, tan bárbaros como él, lo habían tomado por modelo y juntos recorrían los caseríos de aquellos contornos, presentándose en cuanto bailecillo y merienda tenía lugar, á las personas de juicio con sólo verlos venir se les abrían las carnes, porque, eso sí, era muy salvaje y muy bruto.

Nada menos que este personaje era el galanteador de Catalina, quien, según decían, no le miraba con malos ojos, lo cual visto por los demás pretendientes, dejaron dueño del campo á Van Blunt, y se retiraron sin más tardanza, menos el dómine, que se propuso disputarle la presa á toda costa. Un hombre fuerte y robusto hubiera retrocedido ante aquel obstáculo; uno más prudente.. no digo nada; pero la naturaleza y temple del tío Puntero era un compuesto admirable de perseverancia y elasticidad, que, sin romperse nunca, cedía siempre á la menor presión.

Con tales elementos se propuso entrar en liza, no franca y desembozadamente, porque Van Blunt, en punto á amores, era como Aquiles, que no se andaba con chanzas, sino de una manera solapada, insinuándose poco á poco en el corazón de la hermosa Catalina.



ELECTRA, cuadro de E. Teschendorf

Al efecto, quiso aprovecharse de su posición respecto de ella; posición envidiable, pues como maestro de canto, podía, sin testigos ni estorbos, y sin que sus visitas se interpretaran en ese sentido, hacerle la corte diariamente, con tanta más franqueza cuanto que el padre de la niña, hombre campechano y llanote cual ninguno, y que la quería más que á su pipa, lo cual no es poco decir, la dejaba en completa libertad; y que su madre, digna compañera de Van-Tassel, estaba demasiado ocupada con el cuidado de la casa, de los pavos y los gansos, para atender á la muchacha.

Las jóvenes, decía la buena holandesa, pueden guardarse á sí mismas, mientras que los animales necesitan del mayor cuidado y vigilancia. Por eso, en tanto que Van-Tassel, sentado á la puerta de la granja, contemplaba á través de bocanadas de humo las evoluciones de un soldado de madera que, armado de un sable en cada mano, servía de veleta dando tajos al aire en lo más alto del granero, y que Bárbara iba de una parte á otra, el tío Puntero, don Juan de nuevo cuño, hacía el amor á la heredera de entrambos á la sombra de un árbol.

VII

Confieso ingenuamente que no sé cómo se gana el corazón de las mujeres. Siempre ha sido esto para mí un enigma lleno de signos misteriosos, porque mientras unas no presentan sino un punto vulnerable, otras los tienen por docenas, y pueden cautivarse de mil modos diversos: así, pues, si el conquistar á las primeras, si el subyugar muchos corazones es triunfo que merece lauro, el conservar la posesión de las segundas, el reinar sin rivales en el pecho de una coqueta, prueba talento y habilidad nada comunes, y es la mayor de las proezas, digna por consiguiente de los honores y acatamientos que se tributan á los héroes.

No sucedió, sin embargo, nada de esto á Sansón; pues tan luego dejó entrever su atrevido pensamiento, perdió terreno y principió la discordia con su rival.

Sansón, á pesar de su rústico carácter, no dejaba de tener cierta dignidad, y de buena gana, á imitación de los enamorados de otros tiempos, hubiera resuelto la competencia con las armas en la mano; pero no se le obscurecía que el tío Puntero, temeroso de su fuerza, hubiera rehusado el combate, con tanto más motivo cuanto que sabía de buena tinta el propósito en que estaba de hacerlo jigote.

Como el sistema de resistencia pasiva adoptado por el tío Puntero, por más enojoso que fuese á Sansón, no le daba ni el más mínimo pretexto para hacer una barrabasada, decidió éste vengarse del dómine atormentándolo cada día con una broma de las suyas.

Principió la persecución por ahumarle la clase, tapándole el cañón de la chimenea; otra vez, Sansón y los suyos entraron de noche en su casa y no le dejaron títere con cabeza, lo cual hizo creer al malaventurado pedagogo que algún encantador lo había tomado por su cuenta, y por este estilo le jugaron muy malas pasadas capaces de poner á prueba la paciencia de un santo.

Pues ¿y cuando para ridiculizarlo á los ojos de Catalina obligaba á aullar á su perro y lo presentaba como competidor del tío Puntero?

Traducido por M. Juderías Bénder

(Concluirá)

CRONICA CIENTIFICA

APARATOS REGISTRADORES DE LA VELOCIDAD

El empleo de instrumentos de medición y de registro es el origen de todos los progresos en las ciencias y en la industria; del mismo modo para perfeccionar los distintos sistemas de locomoción se procura encontrar los medios exactos de medir las velocidades.

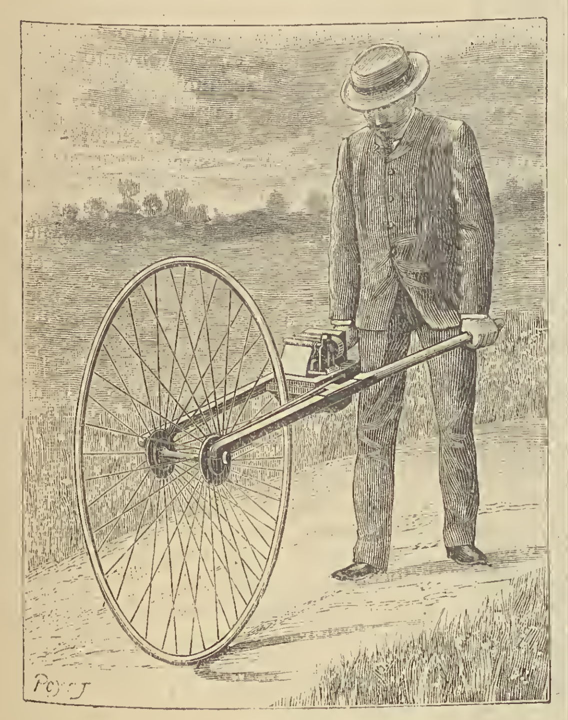


Fig. 1. - Odógrafo movido por un viandante

Así vemos á los marinos dar gran importancia á la mejor corredera; á los ingenieros inventar *taquígrafos*, es decir, instrumentos que continuamente inscriben la velocidad de los trenes, y á los industriales solicitar aparatos que permitan saber la velocidad de sus máquinas. Hasta para los mismos simones se busca un contador por medio del cual sepa el viajero el camino que ha andado y el tiempo empleado en recorrerlo.

Los fisiólogos, por su parte, necesitan instrumentos de gran precisión cuando estudian las diversas formas del movimiento en las funciones de la vida: la velocidad de la sangre en los vasos, la del aire en los bronquios, la de los diferentes animales que se mueven sobre la tierra, en el agua ó en el aire.

Aunque todos los experimentadores persiguen el mismo fin, cada uno se vale de distintos medios, debido esto á la diversidad de condiciones dentro de las cuales operan; es, sin embargo, más que probable que los instrumentos se simplificarían y tenderían á uniformarse si se daba el debido valor á los principios que deben presidir á la inscripción de todo movimiento. Pues bien: estos principios han sido admirablemente sentados por el ingeniero francés Ibry.

Los empleados de ferrocarriles se verían no poco embarazados para seguir el complicado movimiento de los trenes que circulan por sus respectivas líneas, si no contaran para orientarse más que con el obscuro formulario que con el nombre de *indicador* basta para satisfacer las necesidades del público; pero con los diagramas de Ibry puede abarcarse de una sola mirada el número de trenes que circulan en una extensión determinada de la línea, el sentido en que marcha cada uno de ellos, su velocidad, sus paradas, los cruces y el sitio en que cada uno debe encontrarse en un momento dado.

Esta expresión gráfica del movimiento, la más sencilla y perfecta de cuantas hasta ahora se han concebido, se obtiene con facilidad extraordinaria: una línea trazada oblicuamente sobre un papel cuadriculado traduce por su dirección y por sus diversas inclinaciones el sentido del movimiento de cada tren y todas las fases de su velocidad. En la construcción de toda máquina que haya de marcar la marcha de un vehículo, hay que procurar, ante todo, obtener un trazado de esta índole, á menos de contentarse con una noción muy imperfecta del movimiento.

Los *contadores* aplicados á las ruedas de los vehículos y á las hélices de los buques dan, es cierto, en el momento en que se les consulta la indicación del camino recorrido desde el origen del movimiento, pero no indican la velocidad. Estos instrumentos son excelentes para las mediciones sumarias de terrenos ó para comparar las longitudes relativas de dos itinerarios, pero su utilidad no pasa de aquí. En efecto, aun cuando para completar las indicaciones del contador se anotaran el instante de la salida y el de la llegada, sólo se lograría con esto calcular la velocidad media del trayecto, es decir, una velocidad que quizás no ha existido realmente en ningún momento del viaje, puesto que puede haber habido durante éste aceleraciones, retardos y aun paradas. Un contador no señala todos estos accidentes del trayecto; para conservar la huella de éstos son necesarios instrumentos especiales que inscriban fielmente la *velocidad en cada instante* con todas las variaciones que haya ofrecido.

Los estudios á que, desde hace tiempo, nos dedicamos y que se refieren á la velocidad del hombre y de los animales, nos han llevado á construir algunos instrumentos de esta clase, entre ellos un registrador de velocidades, al que hemos dado el nombre de *odógrafo de cilindro* y que traza el diagrama de un movimiento por medio de un estilete que se mueve paralelamente á la generatriz de un cilindro cubierto con un papel cuadriculado. Este cilindro gira con un movimiento uniforme y el estilete progresa con una velocidad proporcional á la del vehículo, resultando de la combinación de estos dos movimientos perpendiculares el uno al otro la curva de los espacios recorridos en función del tiempo, es decir, la expresión completa del movimiento (1). En la práctica, cuando la inscripción de un movimiento debe hacerse de una manera continua en un recorrido y durante un tiempo largos, se presenta la dificultad de que para inscribir una curva de esta clase se necesitaría una superficie enorme de papel, puesto que ésta aumenta en proporción al cuadrado del tiempo durante el que se inscribe el movimiento. Así, por ejemplo, supongamos un diagrama que exprese una marcha de un hectómetro por minuto; en este caso la curva del movimiento será la diagonal de un cuadrado cuyos lados verticales corresponden á las divisiones del camino en hectómetros y los horizontales á las divisiones del tiempo en minutos. En tales condiciones, para expresar el movimiento durante el primer minuto, basta un cuadradito de papel de cinco milímetros de lado; para inscribir el movimiento en dos minutos se necesita ya un cuadrado cuatro veces mayor; para tres minutos uno nueve veces mayor, y así sucesivamente. De esta suerte, el trazado de un movimiento durante media hora ocuparía un espacio de quince centímetros cuadrados, el de tres horas veinte minutos una superficie de un metro cuadrado, y para los recorridos de doce horas y más sería necesario un cuadrado de papel de muchos metros de lado.

Estas dificultades harían el método de todo punto inaplicable para la inscripción de largos recorridos si no hubiera, como hay por fortuna, varios medios para obviarlas.

Uno de ellos consiste en reducir la escala del trazado, lo cual se logra en el odógrafo de cilindro, disminuyendo á la vez la velocidad de éste y la del estilete marcador; pero este medio debe ser aplicado con discreción suma, pues de otra suerte quedarían de tal manera reducidas las pequeñas inflexiones que expresan los diversos accidentes de la velocidad, que llegarían á ser imperceptibles.

Otro medio consiste en sacrificar la continuidad de la curva y recogerla por fragmentos sucesivos correspondientes cada uno al camino recorrido durante cierto tiempo escogido como unidad: este medio presenta grandes ventajas; por un lado reduce notablemente la superficie del papel necesario para recibir el trazado, pues esa superficie ya no es más que sencillamente proporcional al camino recorrido; y por otro, en la construcción del aparato inscriptor, en vez de un cilindro pesado y voluminoso, se hace uso de una pequeña bovina cubierta de una tira de papel sin fin.

Con esto se consigue una gran simplificación: la tira de papel progresa á razón de medio centímetro por hectómetro recorrido, de suerte que la escala de caminos guarda su continuidad; en cuanto á la de los tiempos está fraccionada en intervalos de cinco minutos durante los cuales el estilete va uniformemente de izquierda á derecha, y transcurridos aquéllos salta repentinamente hacia el borde izquierdo, que vuelve á servirle de punto de partida. De modo que para calcular todos los incidentes de una marcha no habrá más que suponer como una sola línea continua las distintas líneas que cada cinco minutos quedan cortadas en el borde derecho de la tira para continuar en el borde izquierdo al mismo nivel en que cesó la anterior.

El aparato que produce esta clase de trazados es el que representa la fig. 1, y consiste en una rueda provista de dos varas que empuja hacia adelante el experimentador: la rueda, cada una de cuyas vueltas corresponde á un recorrido constante, gobierna por medio de una biela un torniquete que obra sobre el mecanismo del aparato registrador: cada vaivén de la biela hace pasar un diente de una rueda de dientes encorvados que transmite su movimiento á un pequeño laminador por entre cuyos cilindros se deliza una tira de papel sin fin. De esta manera el papel avanza en una cantidad proporcionada al camino recorrido por la rueda sobre el suelo. En la disposición adoptada para estudiar la marcha del hombre la velocidad del papel estaba regulada de modo que un milímetro de papel correspondiese á un recorrido de 100 metros sobre el terreno. La tira de papel, al propio tiempo que empujada por el laminador, es atravesada de izquierda á derecha por un estilete marcador (fig. 2) movido uniformemente por un sistema de ruedas de reloj que emplea una hora en atravesar la tira, cuya longitud es de seis centímetros. Y como sería muy difícil distinguir á simple vista las fracciones de la hora, un peine de trece dientes equidistantes traza en el papel, á medida que éste se lamina, unas líneas cuyo intervalo corresponde exactamente á la duodécima parte de una hora, ó sean cinco minutos.

La dificultad principal estribaba en conseguir que, al fin de cada hora, el estilete que ha atravesado de un borde á otro la tira y que se escapa al llegar al borde derecho pasase sin pérdida de tiempo al borde izquierdo y comenzase un nuevo trazado. Este resultado lo hemos obtenido por medio de una serie de estiletes fijados en una cinta de acero sin fin y á una distancia de 6 centímetros uno de otro: esa cinta que se desliza sobre dos discos por un movimiento de relojería da vueltas continuamente con una velocidad de seis centímetros por hora, de modo que cuando un estilete ha atravesado toda la tira de papel el otro se dispone á dejar, á su vez, su huella en ésta.

El papel que recibe el trazado está cubierto de una capa de óxido de zinc; los estiletes son de *maillechort*, tienen los ángulos muy agudos y trazan, sin desgaste sensible, sus señales en el papel de tal suerte preparado. Sin hablar de los detalles accesorios, tales como poner en hora el reloj y el estilete marcador, los medios de reemplazar por otra la tira de papel que ha pasado ya por el laminador, etc., etc., procuraremos poner de manifiesto las múltiples aplicaciones del odógrafo de tira sin fin.

El instrumento que acabamos de describir fué construído para estudiar la marcha de los soldados, pero también puede aplicarse á registrar la marcha de toda clase de vehículos, de modo que me propongo adaptarlo á los velocípedos y á los triciclos á fin de estudiar la influencia que sobre su velocidad ejercen la pendiente y la naturaleza del camino, el barro ó el polvo que cubren el suelo, etc.

Notemos que hay que regular la marcha del laminador según la velocidad ordinaria del movimiento que se quiera estudiar de manera que haya la mayor igualdad posible entre la velocidad media del papel y la del estilete marcador. En estas condiciones, si el vehículo mantiene su velocidad normal la inclinación de la curva trazada será de 45°; de modo que según sean las inclinaciones de esta curva podrá apreciarse

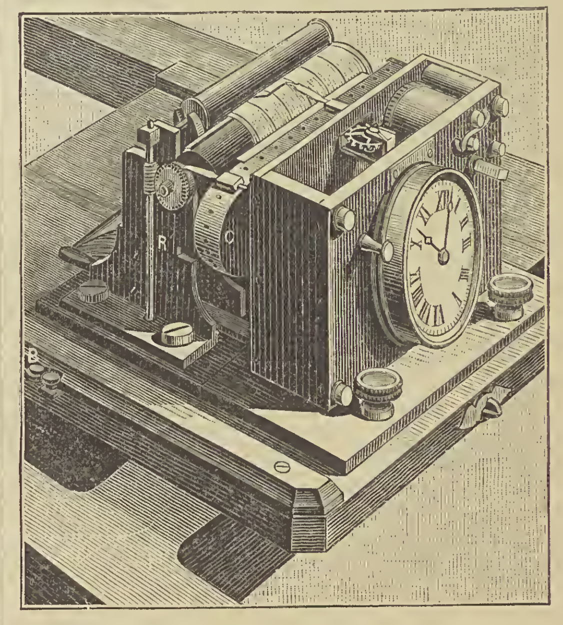


Fig. 2. - Odógrafo visto oblicuamente y por detrás. El cuadrante del reloj aparece visible. La tira de papel está puesta en el laminador en donde recibe el trazado de un estilete y lleva marcadas ya las divisiones horarias señaladas por los dientes del peine. En B el extremo de la biela obra por medio de un trinquete sobre una rueda de dientes encorvados que por medio de un tornillo sin fin R gobierna el movimiento del laminador.

(1) Otras curvas, tales como la de las velocidades y la de las aceleraciones, son sumamente útiles en ciertos casos, pero mucho más difíciles de obtener y menos explícitas que la de los *espacios en función del tiempo* de que derivan.

fácilmente las variaciones de la velocidad, mayores ó ó menores que su valor medio.

Esta regulación de la marcha del papel se obtiene, de una vez, por medio del tornillo sin fin que gobierna al laminador. Pero si se aplicaba á las grandes velocidades, por ejemplo á la marcha de un tren exprés, un odógrafo regulado para la marcha de un coche, la tira de papel se movería muy de prisa, y no sólo se gastaría demasiado papel, sino que la inclinación de la curva trazada sería menos favorable para estimar la velocidad.

La valiosa amistad de M. A. Eichthal nos ha permitido aplicar el odógrafo en el ferrocarril del Mediodía, en donde se practican experimentos bajo la dirección del ingeniero jefe de tracción M. Millet. El odógrafo que se emplea en los experimentos está regulado para la marcha de un coche, así es que en el ferrocarril el papel se deslizaba con demasiada velocidad, agrandando la escala de los caminos de una manera desproporcionada á la de los tiempos. Por esta razón el fragmento de recorrido correspondiente á un intervalo de 49 minutos, entre Dax y Morceux, tiene 22 centímetros de largo por 6 de ancho. Esto no obstante, encuéntrase en él todo lo que interesa conocer: las fases de aceleración de la velocidad á la salida de las estaciones, la parada rápida producida por la acción de los frenos, etc., y en cuanto á la velocidad absoluta se aprecia exactamente por medio de una escala que, por la longitud del recorrido correspondiente á cinco minutos de marcha, permite leer directamente la velocidad en kilómetros por hora. En dicho fragmento, sin embargo, el predominio de la escala del camino sobre la del tiempo es muy desfavorable á la apreciación de las variaciones de velocidad, defecto que se corrige reduciendo la escala de los caminos. Así, por ejemplo, en un fragmento de tira de papel de las mismas dimensiones que el anterior, pero con la escala de caminos reducida cuatro veces aproximadamente, no sólo pueden observarse mejor aquellas variaciones, sino que, además, puede abrazarse de una vez toda la marcha del tren en un intervalo de 2 horas 57 minutos, entre Dax y Burdeos.

No hemos de exponer cuáles sean las disposiciones particulares que harían el aparato más especialmente aplicable al registro de la marcha de los trenes; como por ejemplo, las que tuvieran por objeto cambiar el sentido en que se mueve el papel según el sentido de la marcha durante las maniobras. Tampoco nos ocuparemos en los diferentes medios de transmisión (mecánico, eléctrico ó pneumático) á favor de los cuales las vueltas de las ruedas de un vagón gobiernan la marcha del papel del odógrafo. Hemos tratado únicamente de hacer ver que un mismo método y un mismo aparato pueden servir para registrar velocidades de progresión sobre el suelo que varían en una gran extensión. Igual método y aparato cabe aplicar á la medición de las velocidades de un buque, en el que cada vuelta de una corredera de hélice obra como la de la rueda de un vehículo para hacer correr la tira de papel; de esta suerte no sólo se obtendría el total del camino recorrido en un momento dado, sino también todas las variaciones que han podido producirse en la velocidad del barco. El conocimiento de los cambios de velocidad es de mucha importancia en algunos casos; por ejemplo, para regular las evoluciones de una escuadra.

De suerte que el *odógrafo de tira sin fin* permite medir la velocidad en tierra y en el agua y aun lo hemos aplicado con éxito á la medición de la velocidad del viento. En tesis general, nuestro instrumento adaptado á un contador cualquiera traducirá por medio de una curva el paso más ó menos rápido del agua, del gas, de la electricidad, etc.; adaptado á una rueda hidráulica, indicará las variaciones de velocidad de la corriente de un río; aplicado á un torniquete de los que cuentan las personas que entran en un local, dará la *curva de frecuencia* de las entradas, señalando á qué horas es más ó menos considerable la afluencia del público. Combinándolo con sencillos dispositivos, puede hacerse funcionar el aparato por los movimientos del corazón ó de la respiración de manera que se obtenga la curva de la frecuencia de estos movimientos y sus variaciones bajo diferentes influencias.

Esta sumaria enumeración de las aplicaciones hechas y que pueden hacerse del odógrafo de tira sin fin demuestra, como al principio hemos dicho, que un mismo instrumento puede aplicarse á medir toda clase de velocidades, y esta uniformización de los medios de medición realiza, al parecer, un verdadero progreso.

E. J. Marey
del Instituto de Francia

(De *La Nature*)

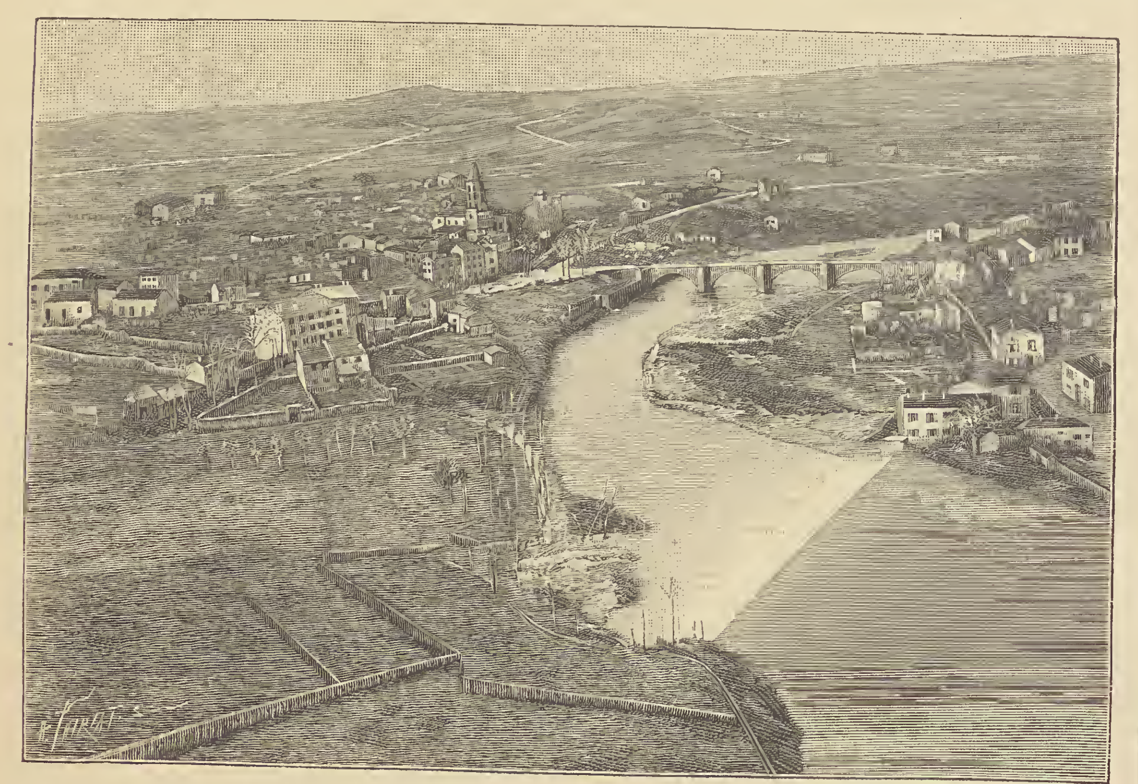


Fig. 1. – Vista perspectiva de Labrugiere (Tarn)
Facsímile de una prueba fotográfica obtenida por medio de un aparato elevado por un cometa á 90 metros de altura

***

LA FOTOGRAFÍA AÉREA

M. Arturo Batut, cuyos interesantes trabajos sobre las fotografías compuestas son bien conocidos, á consecuencia de los experimentos de fotografía en globo que hizo con M. J. Ducom concibió en 1888 la idea de emplear el cometa como sustentáculo aéreo de un aparato fotográfico que funcionara automáticamente. Después de algunos ensayos, el autor de este pensamiento ha llegado á alcanzar resultados completamente satisfactorios, como lo demuestra el facsímile de la vista perspectiva, obtenido por medio de un cometa á una altura de 90 metros, que reproducimos en la fig. 1. M. Arturo Batut ha resumido sus trabajos en un opúsculo destinado á los aficionados que deseen seguir sus huellas (1).

M. Arturo Batut ha adoptado el tipo de cometa de M. Esterlin, adaptando á él la cola clásica y sustituyendo las cañas que comúnmente en su construcción se emplean por dos palitos de madera ligera (álamo de Carolina). El cometa eleva á una altura de 80 ó 100 metros un aparato fotográfico fijado al mismo de modo tal que forme con él un solo cuerpo, siguiendo todos sus movimientos, á menudo bruscos é irregulares.

Para lograr una limpieza suficiente es preciso que la *pose* sea sumamente corta ($^1/_{100}$ ó $^1/_{150}$ de segundo) dada la extraordinaria movilidad del cometa. M. Arturo Batut ha construído un obturador ó guillotina cuyo resorte debe ser retirado en el momento que se desee, para lo cual hay dos procedimientos: uno ingenioso, que permite hacer funcionar el aparato en el momento preciso en que se crea conveniente; pero á la vez costoso, algo pesado y embarazoso: la electricidad; otro sencillo, primitivo casi, que funciona invariablemente en el instante exacto marcado de antemano (aunque el instante sea inoportuno, sea porque el viento amaine ó que una nube cubra el sol), pero ligero y barato: la mecha previamente calculada.

Este último es el preferido por M. Batut: su principal ventaja es la ligereza, y por otra parte, si la mecha no favorece la operación, todo se reduce á la pérdida de una placa y á empezar de nuevo el experimento.

Como un cometa difícilmente se eleva á más de cien metros, M. Batut ha recurrido al sistema de los cometas conjugados de M. Daniel Colladon á fin de conseguir mayor altura para su aparato fotográfico.

A nuestro modo de ver, la utilidad de ese sistema de fotografía es real y positiva: los exploradores podrán sacar vistas de localidades inaccesibles por medio de un aparato portátil y de fácil manejo, que también puede prestar sus servicios al arte militar en reconocimientos y estudios de terrenos.

M. Batut achaca á la fotografía en globo el defecto de ser muy cara; pero esto sólo reza con los globos tripulados, y no es cosa muy difícil servirse de un globo no tripulado de pequeño diámetro.

En la figura 2 reproducimos el ingenioso aparato fotográfico probado hace algunos años por M. Triboulet: compónese de siete aparatos fotográficos, seis de los cuales forman una vasta cámara exagonal colocada en una cesta especial con varios agujeros destinados á dejar paso á los objetivos; el séptimo aparato está dispuesto verticalmente en el centro de la cámara exagonal y sirve para sacar una vista en plano, al paso que los otros sacan vistas panorámicas. La cesta va unida á un globo cautivo por medio de una suspensión á lo Cardan. La retiración de los resortes de los siete obturadores se ejecuta simultáneamente merced á una corriente eléctrica, para lo cual un cable conductor se desarrolla alrededor de la cabria T á medida que el globo eleva el aparato. Los experimentos de M. Triboulet dieron excelentes resultados, y valdría la pena de que se hicieran nuevos ensayos de su sistema.

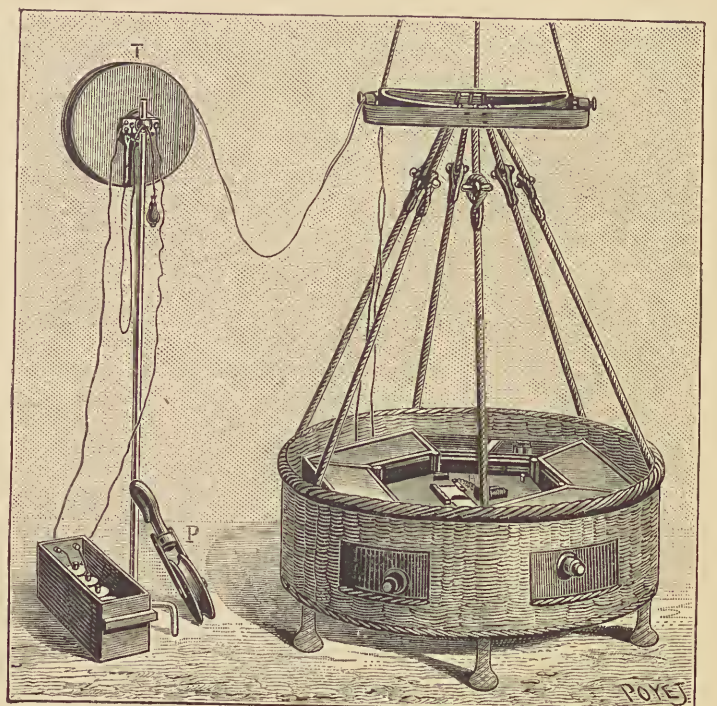


Fig. 2 – Aparato de M. Triboulet para la fotografía panorámica aérea por medio de un globo cautivo

De todas maneras, cualquiera que sea el método que se adopte, la fotografía aérea nos parece llamada á un gran porvenir.

G. Tissandier

(De *La Nature*)

(1) *La Photographie aerienne par cerf-volant.* Un folleto en 8.° de *La Bibliothèque photographique*, con grabados y una lámina. París, Gauthier-Villars, 1890.



TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPÉE

Ilustraciones de Emilio Bayard - Grabado de Huyot

(CONTINUACIÓN)

III

Transcurrieron un año, dos, tres, sin que ocurriera nada de notable á los inquilinos del quinto piso.

El barrio no había cambiado y conservaba su aspecto de arrabal medio campestre. Acababan de levantar, á dos tiros de fusil de la casa que habitaban los Gerard y los Violette, una fábrica de albañilería de cinco pisos, sobre cuyo techo aún se estremecían al viento los ramos marchitos de los albañiles. Pero esto era todo. Enfrente, en un solar en venta, mal cerrado con una empalizada de tablas medio podridas, veíanse siempre manojos de ortigas y una cabra rumiando las hierbas del suelo. En la pared del fondo que cerraba el solar por la que asomaban á fines de abril lilas silvestres, dejando caer sus penachos perfumados, las lluvias todavía no habían borrado la siguiente brutal declaración de amor, escrita con un cuchillo en el yeso: «Cuando Melia quiera, me tendrá», firmada «Eugenio».

Tres años habían transcurrido y Amadeíto había crecido un poco.

En aquellos tiempos, un niño nacido en el centro de París, – por ejemplo, en el laberinto de callejuelas infectas que se cruzan en derredor de los mercados, – hubiera podido crecer sin darse cuenta del cambio de estaciones, más que por el estado de la temperatura y por la estrecha banda de cielo que podía ver levantando la cabeza.

Hoy mismo, algunos hijos de pobres, – los pobres no salen de su agujero, – conocen la entrada del invierno por el olor á castañas asadas, la de la primavera por las ramas de alhelí que adornan el puesto de la frutera, la del verano por el paso de las cubas de riego, y la del otoño por el embalaje de las cestas de ostras á la puerta de los establecimientos públicos. El vasto cielo con sús babélicas arquitecturas de nubes, el oro fundido del sol poniente detrás de los grupos de árboles, el silencio encantador de la claridad de la luna plateando el río; todos estos espectáculos grandiosos y magníficos son buenos para los que habitan los barrios hermosos, ó que van allí alguna vez. El hijo de un trabajador que vive en los alrededores de la calle de Las dos Puertas de San Salvador, pasa su infancia jugando en la escalera que huele á plomo, ó en el patio que se asemeja á un pozo, y no se da cuenta de que existe la naturaleza. Todo lo más, sospecha que puede haber verdor en alguna parte, cuando el día de Domingo de Ramos ve pasar los caballos de los ómnibus con una ramita de boj cerca de la oreja. Después de todo, ¿qué importa esto si el niño tiene imaginación? El reflejo de una estrella en el arroyo de la calle le revelará la inmensa poesía nocturna, y respirará toda la embriaguez del estío en la rosa aplastada que la modista de al lado ha dejado caer de sus cabellos.

Amadeo tuvo la suerte de nacer en ese delicioso y melancólico distrito de París, que todavía no había sido «haussmanisado», y que estaba lleno de sitios encantadores y salvajes.

Su padre, el pobre viudo que no se consolaba nunca y que buscaba el medio de desechar su tristeza con largos paseos, dirigíase en las tardes claras hacia los lugares solitarios llevando á su niño de la mano. Seguían los admirables boulevares exteriores de otro tiempo, en los que había olmos gigantescos de la época de Luis XIV, fosos llenos de hierba, empalizadas ruinosas que dejaban ver por su enrejado huertas plantadas de melones cubiertos con campanas de cristal, sobre las cuales reflejaban los rayos oblicuos del sol poniente.

Ambos silenciosos, el padre abismado en sus recuerdos, Amadeo sumido en sus ensueños de niño, se iban lejos, muy lejos, y atravesando la Barrera del Infierno, llegaban á esos parajes ignorados, que producían en un habitante de la calle de Montmartre el efecto sentido por un sabio de la Edad media al ver en los viejos *mapamundis* los lugares marcados con estas temerosas palabras: *Mare ignotum*. En aquellos desiertos cenagosos no había casas, sino granjas de un solo piso. Alguna vez encontrábase una taberna pintada de un rojo vinoso siniestro; ó bien bajo las acacias de una senda que parecía un carril, un figón con toneles de muestra, ó en lo alto de una cuesta algún molino, movido á impulsos del fresco viento de la tarde. La hierba, sin polvo, invadía los caminos y hasta las escasas aceras que había en ciertos sitios. Sobre el remate de las paredes se balanceaban las amapolas: señal de soledad. Así es que apenas encontrábase á nadie, lo más á algunas pobres gentes; una buena mujer con gorra de campesina arrastrando á un chico lloroso, un obrero cargado de herramientas, un inválido retardado, y alguna vez, en medio del camino y envuelto en una bruma polvorienta, un rebaño de carneros flacuchos balando desesperadamente, apresurados por llegar al abrevadero.

El padre y el hijo caminaban en línea recta hasta que la sombra se obscurecía debajo de los árboles. Entonces se volvían azotados por el aire; mientras que á lo lejos, al fin de la avenida, comenzaban á lucir algunos reverberos antiguos,

muy separados unos de otros, trágicos faroles del *Terror*, encendiendo sus tenues estrellas bajo el cielo verde del crepúsculo.

Con estos tristes paseos, con un compañero tan triste como M. Violette, tenían fin los días de Amadeo, comenzados en el fastidioso colegio Batifol. Han de saber ustedes que el alumno estaba en séptimo y sabía ya que «la bondad de Dios» puede tomarse en latín por «bondad divina» *bonitas divina*, y que la palabra *cornu* es indeclinable. – Las largas horas pasadas junto á un pupitre de la clase, ó al lado de un paseante absorto en sus penas, pudieron haber sido fatales para la inteligencia del niño, entorpeciéndola para siempre, si no hubiese tenido



á sus buenos amigos los Gerard. Iba á su casa las más veces que podía: ahora un rato, después otro, y además los jueves todo el día, y sólo entre la familia del grabador, llena de bondad y de alegría, sentíase dulcemente conmovido y absolutamente dichoso.

¡Los buenos de los Gerard! Figúrense ustedes que además de Luisa y de María, sin contar á Amadeo considerado como de casa, habían tomado á su cargo un cuarto niño; esto es, una niñita, llamada Rosina, que tenía justamente la misma edad que su hija menor.

He aquí cómo:

Encima de la habitación de los Gerard, en una de las guardillas del sexto piso, se alojaba un tipógrafo llamado Combarieu, á quien su mujer ó querida (la portera no estaba completamente enterada, ni importaba gran cosa) acababa de abandonar, dejándole una niña de ocho años. No podía esperarse otra cosa de una criatura, que, según la portera, daba de comer á su marido y á su hija fiambres de salchichería, para evitarse el trabajo de guisar, y que se pasaba todo el día despeinada y en chambra, leyendo novelas ó echándose las cartas. Aun más: el hijo del tendero de comestibles habíala visto una tarde en el baile Ragache, sentada junto á un bombero, tomando una ensalada con vino á la francesa.

Durante el día, Combarieu, aunque republicano rojo, enviaba su hija á la escuela de las Hermanas; pero el obrero salía todas las noches, con aspecto misterioso, y dejaba sola á la niña. La portera murmuraba, bajando la voz todo lo posible, con la admiración romancesca de la gente del pueblo hacia los conspiradores, la terrible frase de «Sociedad secreta», y aseguraba que el tipógrafo tenía un fusil de munición oculto en su jergón.

Estas revelaciones predisponían naturalmente las simpatías del señor Gerard en favor del vecino. El golpe de Estado y la proclamación del Imperio habíanle irritado mucho; pero tuvo el valor amargo de grabar al día siguiente al 2 de diciembre (antes que todo era dar de comer á la familia) una alegoría bonapartista titulada: *El tío y el sobrino*, en la que veíase á Francia dando la mano á Napoleón I y al príncipe Luis, mientras que un águila coronada, cerniéndose sobre el grupo, agitaba las alas, teniendo entre sus garras la cruz de la Legión de Honor.

Un día, el grabador, al encender su pipa, que ya no era la de Abd-el-Kader, sino una *Barbés*, consultó con su mujer si no harían bien en ocuparse un poco de la niña del vecino, abandonada. No se necesitaba mucho para decidir á la excelente mamá Gerard, que más de una vez había dicho: «¡Si eso da lástima...!» cuando veía á la pequeña Rosina esperar por la noche á su padre en la casilla de la portera, dormida en un taburete al lado de una sartén. Subióse á la niña é hizo que jugara con sus hijas. Rosina era muy linda, tenía los ojos vivos, la picaresca nariz parisién, y la trenza de su cabello color de paja se escapaba por debajo de su gorrita hecha de tres pedazos. Al principio, la picarrilla dejaba escapar alguna palabrita callejera, como por ejemplo: ¡chulapo! ó ¡recaray! Pero la mamá Gerard la reprendía con severidad diciéndola: «¿Cómo se entiende? ¡Eso no se dice!» Y ella, que era muy lista, se iba corrigiendo.

Un domingo por la mañana, Combarieu, que había sabido las bondades de los Gerard, los visitó para darles las gracias.

Muy moreno, de tez lívida, con el pelo y la barba muy crecidos, como si tratase de imitar la cabeza de Jesucristo, el obrero, vestido de su larga blusa negra de tipógrafo, realizaba perfectamente el tipo del tribuno de club, del «sublime» del obrador. Francmasón probable, borracho de solemnidad, que se embriagaría quizá más de frases gordas revolucionarias que de vinillo, hablaba con voz pesada y pretenciosa, mirando alrededor con sus grandes ojos algo atontados, sumidos en vago éxtasis y en todo se parecía á un apóstol bebido. Inmediatamente inspiró respeto al grabador y el deslumbramiento que los tímidos sienten por los audaces. Gerard creyó haber descubierto en Combarieu uno de esos hombres superiores que la injusticia de la suerte ha hecho nacer en el pueblo bajo, en el que la miseria ahoga el genio.

Informado de las preferencias políticas del artista por la chimenea de su pipa Barbés, Combarieu hizo con complacencia su propio elogio.

Confesó que en un principio había sido un necio soñando con la fraternidad univesal, Santa Alianza de los pueblos; y que había escrito poesías que imprimió por su cuenta, especialmente una *Oda á Polonia* y una *Epístola á Béranger*, que le habían valido una carta autógrafa del ilustre cancionero. Pero ya no era tan cándido.

Al ver lo que todos hemos visto, las jornadas de junio y el 2 de diciembre, no basta hacerse el sentimental. (El señor Gerard, hombre hospitalario, trae una botella de vino blanco y dos vasos, pero Combarieu rehusa diciendo: «No, vecino, dispense usted, no acostumbro á tomar nada entre comidas.») Se ha engañado mucho á los trabajadores, y en *la próxima* es preciso no dejar á los burgueses ahorcar á la República. (El señor Gerard destapa la botella y ofrece un vaso de vino á Combarieu, que le toma diciendo: «Nada más que un traguito, por no desairar á usted.») Entre tanto estemos preparados. Precisamente la cuestión de Oriente se embrolla, y proporciona á Bandiguet un negocio peliagudo. («Tiene usted un vinillo que se deja beber.») Si pierde una batalla, se hunde... (Otro vasito. Usted me hace salir de mis casillas.) Se hunde en absoluto. Pero esta vez abriremos los ojos... Nada de términos medios... Es preciso volver á las grandes medidas del 93; el comité de salud pública, la ley de sospechosos, el tribunal revolucionario: todo el terremoto, y si es necesario la guillotina permanente. (¡A la salud de usted!)

Tanta energía sublevaba algo al papá Gerard, que, no obstante su Barbés, conservaba cierta tendencia de centro izquierdo. Sin embargo, no se atrevía á protestar, y casi se ponía colorado pensando que el día anterior un editor le había propuesto grabar un retrato de la nueva Emperatriz, muy descotada, enseñando sus famosos hombros, y que él no había rehusado, porque sus hijas estaban descalzas y su mujer casi desnuda.

He aquí por qué el buen grabador, desde hacía algún tiempo, tenía cuatro hijos: Amadeo, Luisa, María y Rosina Combarieu, dispuestos á meter ruido en la casa; aunque éstos no eran ya unos chicuelos y no deberían jugar más á las «visitas» ni á cazar á la gorra de pelo. Y buena falta hacía, porque todas las sillas cojeaban, dos sillones estaban rotos, y al canapé-imperio se le había salido la mitad de su relleno de cerda por las llagas de su forro de terciopelo de Utrecht.

Unicamente no había tregua para el piano: cuanto más desafinado y asmático, más abierto estaba, enseñando por debajo de sus teclas amarillas y desgastadas la marca en otro tiempo famosa de *Sebastián Erard, constructor de pianos y arpas de S. A. R. la señora Duquesa de Berry*. No solamente Luisa, la mayor de las Gerard (¡oh! una jovencita que ha comulgado dos veces, peinada con bandós, y usando pañoletas blancas como ya no se usan); no solamente Luisa, que habíase hecho una buena música, hacía sufrir al antiguo instrumento largos suplicios cromáticos, sino que también María y Amadeo golpeaban en él el *Ramillete de baile* ó *Papá y los barquitos*. Hasta Rosinita, que en su calidad de niña callejera sabía todas las canciones, se pasaba horas enteras buscando motivos con un solo dedo.

¡Oh, los romances de entonces!, antigua cola del romanticismo, «Orientales» de pacotilla, «Odas y Baladas» á docenas, «Cuentos de España y de Italia» á granel: no se trataba más que de pajes, torreones, castellanas, toreros, contrabandistas, manolas, lavanderas seducidas bajo el arco del puente, junto al agua que corre, por un caballero frívolo y engañador, y tantas y tantas simplezas. ¡Oh! ¡Aquellas novelas abolidas, Amadeo las recordará siempre! Aun las evoca con tanta precisión é intensidad, como algunos dulces recuerdos de su infancia. Les hace revivir con el mismo frío ó calor, con el mismo olor que sentía en casa de los Gerard. Si oía alguna canción de muletero español, recordaba al grabador trabajando en su plancha, delante de la ventana sin cortinillas, en un día de invierno, en que nevaba en la calle y se deslizaban gruesos carámbanos por las vidrieras. Pero el cuarto, decorado con cuadros é imágenes, estaba templado por un ardiente fuego de coke. Amadeo se recordaba también á sí propio, sentado en el ángulo de la chimenea, aprendiéndose de memoria la página de *Epitome* que debía recitar al día siguiente en el colegio.



(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

Alegoría del candor y de la inocencia, escultura de Alonso Cano. – Con razón se ha llamado á Alonso Cano el Miguel Angel español, no sólo por ser, como éste, pintor, escultor y arquitecto á la vez, sino por la escuela á que perteneció; escuela naturalista, aunque influída por sus estudios clásicos de los antiguos mármoles, que imprimieron en sus obras un sello de idealismo *sui géneris* en nada parecido á las tendencias predominantes entre los artistas sus contemporáneos.

Distínguense sus obras por la delicadeza con que están concebidas y la corrección con que aparecen ejecutadas, y algunas de sus esculturas recuerdan por la pureza de sus contornos y la suavidad de sus carnes las grandes creaciones del clasicismo griego. Que no exageramos al expresar esa opinión demuéstralo la *Alegoría del Candor y de la Inocencia*, al pie de la cual podría figurar sin mengua alguna el nombre de uno de aquellos genios que inmortalizaron el arte helénico.

Esta preciosa escultura labrada en pórfido tiene 45 centímetros de altura por 32 de lado y descansa sobre un precioso pedestal de jaspe de Carrara. El propietario de esta joya artística es D. Eduardo Vilches, de Lorca.

La siesta en un rancho del Far West americano, cuadro de María Hallok Foóte. – Es una ley etnográfica constantemente observada la de que las viviendas humanas varían con los lugares en que se levantan, y se ajustan lógicamente, más que á los recursos de los que las habitan, á las necesidades impuestas por el medio ambiente en que han de vivir los que las construyen.

Dadas las condiciones del *Far West* americano y el modo de ser de la generalidad de los colonos que lo pueblan, se explica perfectamente la existencia de esas casas sencillas que se conocen con el nombre de *ranchos* y en las cuales sólo se encuentra lo absolutamente preciso para la vida; lo superfluo y aun lo relativamente necesario está proscrito completamente de ellas. Su monotonía es reflejo de la monotonía de aquellas inmensas llanuras en que se edifican, y su sencillez armoniza perfectamente con la sobriedad y los hábitos de los que en ellas apenas permanecen en las pocas horas de descanso.

A uno de estos ranchos nos transporta la distinguida pintora norte-americana, cuyo buen gusto queda acreditado en el cuadro por la delicadeza con que ha colocado en un tema de sí poco grato á la vista una preciosa niña graciosamente dormida, hermosa flor puesta por hábil mano en medio de un triste erial.

El escándalo, grupo escultórico de D. José Campeny, Exposición Nacional de Bellas Artes. – La composición de nuestro distinguido paisano es en extremo atrevida, así por la idea que la ha inspirado, como por la manera con que el autor la ha llevado á la práctica. El escándalo venciendo á la verdad, cuyo espejo empaña el inmundo aliento de repugnante reptil, constituye un pensamiento brillante que Campeny ha sabido reproducir venciendo no pocas dificultades de ejecución; las figuras expresan bien las imágenes que personifican, y ambas, sobre todo el jinete, reunen recomendables condiciones artísticas.

El grupo en conjunto resulta combinado con singular inteligencia y tiene no pocos detalles que merecen ser celebrados.

Un lance de honor, cuadro de F. Dadd. – Hay ciertas costumbres cuya subsistencia en todos los países y al través de todas las edades sólo puede explicarse por una de esas aberraciones sociales que ponen por encima del sentido común y de la moral lógica los mayores absurdos, sin más razón que la estúpida y débil del qué dirán.

Figura en primera línea entre estas costumbres el desafío, los llamados lances de honor, que, á pesar de llamarse así, no siempre en provecho del honor redundan ni suele generalmente ser el más honrado el que de ellos sale victorioso.

Dígalo, si no, el cuadro de Dadd: con sólo examinar los personajes de la escena que se ha desarrollado en la solitaria playa y á los primeros albores de la mañana, basta para comprender que la razón y el triunfo no coinciden en el mismo sujeto. Un adolescente de simpático aspecto y de noble mirada ha cruzado su acero con la del antipático matón, que tal vez con sus fullerías en el juego ha desplumado al inocente que la suerte puso entre sus garras ¿Qué había de suceder? Pues lo que el lienzo representa: que el joven, á más de explotado villanamente, saca del lance una herida que añadirá un recuerdo más á los tristísimos de aquella fatal noche. Y el mundo celebrará el suceso y los que presenciaron la tumultuosa escena origen del desafío dirán, tan convencidos de que dicen una gran cosa, que la cuestión ha quedado honrosamente zanjada, y el ofendido verá aumentado el agravio con la herida y el ofensor se creerá con derecho á alternar con las gentes honradas. ¡Valiente honor el que por tales leyes se rige! ¡Brava sociedad la que tales usos sanciona! ¡Triste justicia la que oficialmente tiene que conceder que el más fuerte es el que tiene más razón y mejores derechos!

¡Va carta!... dibujo á la pluma de D. Antonio Fabrés. ¿Quién no conoce el tan manoseado cuento del patán que ignorando para qué servían los hilos telegráficos y sabiendo tan sólo de ellos que con la velocidad del rayo establecían una comunicación entre dos puntos distantes, quiso utilizarlos para enviar al hijo ausente un par de zapatos nuevos? Una idea análoga ha desarrollado Fabrés en el precioso dibujo que reproducimos y ha servido á nuestro querido colaborador para trazar una de esas figuras que pocas plumas saben dibujar con tanto acierto, con tanta vida, con tanta naturalidad como la suya. Si hubiéramos de hacer un análisis detenido de los primores que la figura del apuesto andaluz contiene, traspasaríamos los límites que esta sección impone; y sin embargo, no podemos resistir al deseo de llamar la atención de nuestros lectores sobre la expresión de la cara, la verdad con que están colocadas las manos que á modo de bocina aplica el buen hombre á su boca para anunciar con tremebundo grito el envío de la misiva, la gracia con que cae la jerezana manta en elegantes pliegues, la... Pero ¡á qué cansarnos si cada prenda de ropa, cada detalle, aun el más insignificante, es una maravilla!

No queremos terminar sin felicitar con entusiasmo á nuestro ilustre paisano por el justo y merecido triunfo que ha obtenido ante el público londonense con la exposición de sus cuadros. La prensa inglesa ha tributado á Fabrés unánimes y calurosos elogios, y el conocido negociante Mr. A. Tooth ha adquirido una de sus pinturas, que representa un moro en una sala ricamente alhajada, por la importante suma de 50 000 pesetas: nosotros unimos nuestros plácemes á aquellos elogios y deploramos en el alma que hayan de ir á parar al extranjero las mejores obras de nuestros principales artistas.

Electra, cuadro de E. Teschendorf. – Cuenta la mitología griega que Electra, hija de Agamenón y de Clitemnestra, llevando siempre en el alma el dolor que le causara el asesinato de su padre, cometido por la traición de su propia esposa, no cejó hasta que logró de su hermano Orestes, á quien cuando niño había salvado de una muerte cierta, hundiera su puñal en el seno de la adúltera madre.

Este asunto, como todos los de la antigua fábula, rebosa interés dramático y de él se apoderó Sófocles para escribir una de sus más renombradas tragedias. El pintor alemán Teschendorf ha echado también mano de la figura de Electra para pintar un cuadro lleno de vigor y de pasión, en el que la infortunada hermana de Orestes se nos aparece con toda la expresión que la leyenda nos ha hecho imaginar en ella: en su actitud enérgica, en su severo rostro, en su mirada fija se revelan claramente la idea que no puede desterrarse, el proyecto de venganza constantemente acariciado y la voluntad firme de llevarlo á cima. El nombre de Agamenón grabado en la columna completa el pensamiento del pintor; pero á decir verdad, esta aclaración del asunto era innecesaria: tal es la fuerza expresiva de Electra.

Desprovisto de accesorios inútiles, el lienzo de Teschendorf obliga á concentrar la atención en la hermosa figura, y nada pierde con ello el espectador, ya que por sí sola reune ésta bellezas sobradas para cautivarle, ora la mire al través del prisma de la fábula, ora la contemple como obra simplemente estética.

NOTICIA

EL MAPA DEL MAR NEGRO. – Antes de 1696 no existía mapa alguno del mar Negro ni del mar de Azof: en aquella fecha el almirante Kriôusse empezó el trazado del plano de este último. La historia del mapa del mar Negro empieza en 1799, y á partir de la creación del observatorio de Nikolaief, el almirante Greig emprendió una serie de trabajos formales, gracias á que esos observatorios le permitieron fijar puntos astronómicos. Una expedición realizada en 1825 dió gran impulso á estos trabajos, sobre todo en las costas del Cáucaso y de la Anatolia. A partir de 1871, V. J. Zaroudnon dirigió dos expediciones pudiendo rectificar, merced al telégrafo, la distancia entre Nikolaief y Anappa en 520 metros. Actualmente, más de la mitad de las costas rusas están sondeadas á distancias de 4 á 5 verstas, quedando todavía por estudiar unas 1.100 verstas aproximadamente.

(De *La Nature*)

***

ADVERTENCIAS

Siendo en gran número los trabajos literarios que recibimos para la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y en la imposibilidad de contestar á todos los que con ellos nos favorecen, debemos advertir que sólo contestaremos á los autores de los artículos que aceptemos para insertarlos en este periódico.

No se devuelven los originales.

Suplicamos á nuestros corresponsales y suscriptores, especialmente á los de América, nos remitan cuantas fotografías de monumentos, obras artísticas, etc., consideren propias para ser publicadas en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, acompañándolas de los datos explicativos necesarios. En caso de que sean admitidas, tendremos el gusto de consignar, al confirmarlas en las columnas de nuestra publicación, el nombre de la persona que nos haya honrado con el envío de las mismas.

Asimismo agradeceremos la remisión de todas las noticias que tengan verdadero interés artístico ó literario.

UN CONSONANTE, por Albert Guillaume

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Chaumartír, núm. 16, París.-Las casas españolas pueden hacerlo en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, núm. 5, Barcelona

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN